

Selección TERROR

LA BAHIA DEL HORROR

Joseph Berna

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


st
SELECCION
TERROR

JOSEPH BERNA

LA BAHIA DEL HORROR

Colección SELECCION TERROR nº 454

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA. S. A. Camps y Fabres, 5 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

Impreso en los Talleres
Gráficos de Editorial Bruguera,

S. A. Parets del Valles (N-152,
Km 21,650) Barcelona – 1976

CAPITULO PRIMERO

El Mary Ann, un precioso barco, propiedad de Kenyon Waddell, surcaba majestuosamente las azules aguas de la costa californiana.

Había partido aquella misma mañana, muy temprano, del puerto de San Francisco, la ciudad en donde vivía Kenyon Waddell, quien pilotaba personalmente su barco. Se trataba de un viaje de placer, y Kenyon Waddell había invitado a varios de sus amigos, escogiendo a los más íntimos. En total, eran seis las personas que viajaban en el Mary Ann.

Tres hombres y tres mujeres.

De esa manera, nadie se quedaría sin pareja, a la hora de…

Kenyon Waddell estaba en todo.

Contaba treinta y dos años de edad, tenía el pelo rubio y poseía un rostro atractivo. Era, además, un tipo alto y atlético, muy amante de los deportes; especialmente, de los que se practican en el mar.

Como, por otra parte, Kenyon era hijo único de Terence Waddell, un rico comerciante de San Francisco, cuya fortuna se cifraba en varios millones de dólares, nada tenía de extraño que las mujeres solteras fuesen como locas tras él, con la esperanza de conquistarle y hacerle perder su soltería.

Joven, guapo y con un padre millonario.

¿Qué más se podía pedir?

Kenyon, sin embargo, no parecía dispuesto a dejarse atrapar por el lazo del matrimonio. Le gustaban mucho las mujeres y se divertía cuanto podía con ellas, pero sin comprometerse con ninguna. Se encontraba muy bien soltero y quería continuar así bastante tiempo, todavía.

Burt Simmons y Norman Heflin, los dos amigos de Kenyon Waddell, pensaban de una manera muy parecida a la suya. También ellos seguían solteros, se divertían con las mujeres, pero no se ataban con ninguna.

Tal vez, por eso, Burt y Norman eran los mejores amigos de Kenyon,

pese a no tratarse de dos tipos con dinero, ni mucho menos. Ambos pertenecían a una esfera social bien distinta, pero eso no había sido obstáculo para que Kenyon simpatizara con ellos desde el instante en que los conoció, y les brindase su amistad de una manera tan espontanea como sincera.

Amistad que Burt y Norman aceptaron encantados y no porque pensaran aprovecharse de las posibilidades económicas de Kenyon, cosa que no habían hecho nunca, ni pensaban hacer en el futuro. Aceptaron la amistad de Kenyon porque se trataba de un tipo alegre, cordial y simpático, en absoluto engreído por la fortuna que poseía su padre, y que a la muerte de éste, heredaría.

Burt Simmons tenía veintinueve años, el pelo oscuro, los ojos castaños, la nariz recta y el mentón firme. Su rostro recio y varonil, también resultaba atractivo para las mujeres. Su estatura era similar a la de Kenyon, y también su complexión, aunque los músculos parecían ligeramente más poderosos que los de Kenyon.

Pero para músculos poderosos, los de Norman Heflin.

Parecía un luchador profesional.

Era aún más alto que Burt y Kenyon, pues casi rozaba los dos metros de estatura. Tenía el pelo negro y rizado, las cejas muy pobladas, la nariz un tanto chata, y el mentón cuadrado. Sus facciones, aunque rudas, resultaban simpáticas.

El gigantón de Norman cumpliría dentro de unos días los treinta y cuatro años.

Como compañeras de viaje, Kenyon Waddell había elegido a Esther Collins, Ursula Morris y Fedra Bloom, de veinticuatro, veintitrés y veintidós años, respectivamente.

Las tres eran bonitas y bien formadas.

Esther era rubia; Ursula, morena; y Fedra, pelirroja.

En su mente, Kenyon ya había hecho el emparejamiento.

Esther, para Burt.

Kenyon sabía que a la rubia le gustaba mucho Burt, y que a éste también le encantaba Esther. No tendrían inconveniente, pues, en formar pareja.

Ursula formaría pareja con Norman.

Al grandullón le gustaban las mujeres que tenían los pechos desarrollados, y como la morena medía noventa y dos de busto, Norman se lo pasaría muy bien con ella.

Y Ursula con él, porque a la morena le chiflaban los hombres grandotes y musculosos.

Quedaba la pelirroja Fedra.

Kenyon la había reservado para sí.

Todavía recordaba la última vez que hizo el amor con ella.

Fue algo portentoso, porque Fedra, se mostró más activa y más audaz que nunca, volviéndolo loco de placer.

Kenyon estaba deseando repetir todos aquellos maravillosos momentos de desenfrenada pasión con la pelirroja.

Y sería aquella noche.

No faltaba mucho, pues la tarde ya se hallaba muy avanzada.

Pronto llegarían a la pequeña y hermosa bahía que Kenyon conocía.

Allí echarían el ancla.

Era un lugar tranquilo, solitario, ideal para pasarlo bien sin ser espiados o molestados por nadie.

Kenyon había navegado mucho con su barco, y se conocía la costa californiana palmo a palmo.

—¿Falta mucho, Kenyon? — preguntó Burt Simmons, cómodamente repantingado en una silla extensible. Llevaba puesta una camisa de manga cora, totalmente desabrochada, y un sucinto bañador negro. En su mano derecha sostenía una lata de cerveza bien fría.

—¿Decías algo, Burt? — contestó el apuesto rubio, quien, desde la cabina de mandos, con las manos sobre el timón, no había podido captar con claridad las palabras de Simmons, en parte ahogadas por el ruido del motor.

Kenyon también vestia una veraniega camisa, abierta de par en par, y un escueto bañador a rayas.

—¡Pregunto que si falta mucho para llegar a esa maravillosa bahía d la que tanto nos ha hablado, Kenyon! — gritó Burt.

—¡Estaremos en ella dentro de unos minutos! —aseguró el rubio.

—Cuando Kenyon lo dice… — murmuró Norman Heflin, y se atizó un trago de cerveza, porque también él tenía una lata en las manos.

Norman no llevaba camisa, estaba con el torso totalmente desnudo.

Su bañador de color rojo vivo, también era bastante reducido, lo que acentuaba su imagen de luchador profesional.

Ocupaba una silla extensible, como Burt.

Esther, Ursula y Fedra se hallaban tumbadas sobre la brillante cubierta, luciendo sendos bikinis, a cuál de ellos más breve y más sugestivo.

Bueno, lo realmente sugestivo, era lo que no podían cubrir los minúsculos bikinis, porque era casi todo.

Burt y Norman no se cansaban de contemplar aquel trío de cuerpos espléndidos, prácticamente desnudos y deliciosamente bronceados por el sol.

—Estáis deseando llegar, ¿eh, muchachos? — dijo la pelirroja Fedra.

—Claro —respondió Burt — ¿Vosotras no?

—También — contestó la morena Ursula.

—Yo quiero bañarme antes de cenar — dijo la rubia Esther.

—Tendremos tiempo de zambullirnos, no te preocupes — sonrió Burt, mirándola a los ojos, azules y profundos.

Esther le devolvió la sonrisa.

Una sonrisa dulce, suave, acariciadora, que hizo pensar a Burt en el momento en que…

Se atizó otro trago de cerveza fría, porque la temperatura de su cuerpo estaba subiendo demasiado.

Kenyon Waddell no se equivocó, y tan sólo unos minutos después, el Mary Ann alcanzaba la pequeña y solitaria bahía, en la que tan maravillosamente esperaban pasarlo todos.

Desgraciadamente, no iba a ser así.

En aquella acogedora y paradisíaca bahía iban a vivir una auténtica pesadilla de terror, horror… y muerte.

CAPITULO II

Kenyon waddell paró el motor, soltó el ancla, y el Mary Ann quedó quieto en medio de la hermosa bahía, apenas mecido por las tranquilas aguas, en las que realmente apetecía arrojarse de cabeza.

Kenyon salió de la cabina de mando y se reunió con sus amigos, que se habían puesto en pie y, con las manos apoyadas en la borda, contemplaban, maravillados, la fantástica bahía.

—¿Qué, no decís nada, muchachos? — sonrió contemplando también la bahía.

—Es un lugar precioso, Kenyon — murmuró Esther Collins.

—Algo fabuloso — opinó Ursula Morris.

—Un lugar de ensueño — añadió Fedra Bloom.

—Sabía que os encantaría — dijo Kenyon.

—¿Cuándo descubriste esta maravillosa bahía, Kenyon? — preguntó Burt Simmons.

—Hace ya algún tiempo.

—¿Y por qué has tardado tanto en traernos aquí? — le reprochó Norman Heflin.

—Bueno, conozco tantos lugares hermosos a lo largo de la costa californiana, que…

—Como este, ninguno — dijo Esther.

—Opino lo mismo — habló Ursula.

—Y yo — manifestó Fedra.

—Bien, pues ya estamos aquí — sonrió ampliamente Kenyon — Podemos empezar a disfrutar de él.

—¡Ahora mismo! — exclamó Esther, subiéndose a la borda.

Tensó su precioso cuerpo, extendió los brazos hacia adelante, flexionó ligeramente las rodillas, y se lanzó de cabeza al mar, con un

estilo impecable.

Ursula y Fedra se apresuraron a imitarla.

Tras ellas, se lanzó Norman.

Kenyon y Burt ya se habían despojado de las camisas.

Se arrojaron al agua un par de segundos después que Norman.

Esther esperó a que todos afloraren a la superficie y entonces sugirió:

—¡Nademos hacia la playa, muchachos!

—¡Excelente idea! — aprobó Norman.

—¡Sí, vamos! — dijo Fedra, entusiasmada.

—¡El último que llegue, marica! — exclamó Kenyon.

—¡Y si es una mujer, lesbiana! — añadió Ursula.

Rieron los seis alegremente y luego empezaron a bracear como locos, porque ninguno quería ser el último en alcanzar la playa.

Y, forzosamente, alguno tendría que serlo.

En buena lógica, una de las chicas.

Kenyon, Burt y Norman, por su condición de hombres, jóvenes y musculosos, además, deberían alcanzar la playa antes que Esther, Ursula y Fedra, por muy bien que éstas nadasen.

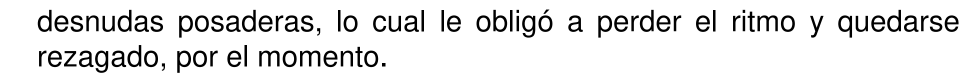
Ellas lo sabían.

Y no estaban dispuestas a permitir que Burt, y Norman se destacasen, gracias a su poderío físico, asi que, cuando estos comenzaron a cobra una ligera ventaja, Esther, Ursula y Fedra, recurrieron al juego sucio, única manera de dejar atrás a los tres varones.

Ursula fue la primera en emplear una treta para frenar el impetuoso avance de Norman, que le había permitido tomar la delantera, aunque superando por muy poco a Burt y Kenyon, quienes también parecían cortar el agua con sus vigorosas brazadas.

Lo que la astuta morena hizo, fue bajarle el rojo bañador a Norman, de un enérgico zarpazo, y dejarlo con el culo al aire.

El grandullon dio un grito y se llevó rápidamente la mano a sus


desnudas posaderas, lo cual le obligó a perder el ritmo y quedarse rezagado, por el momento.

—¡Eres una maldita tramposa, Ursula!

—¿Cómo dices? — se hizo la sorda la morena, sin dejar de nadar.

—¡Me has bajado el bañador!

—¿Yo…? ¡Habrá sido un cangrejo!

—¡Tu padre! — rugió Norman, que ya se había subido el bañador, y trató de recuperar el terreno perdido, pues ahora nadaba en último lugar.

Fedra Bloom fue la segunda en recurrir al juego sucio.

Agarró la pierna derecha de Kenyon Waddell, por el tobillo, y acto seguido le arreó un mordisco en toda la pantorrilla.

El rubio lanzó un aullido y dejó de bracear, para poder agarrarse la pierna, viéndose adelantado por la astuta pelirroja, por Esther Collins, y por Burt Simmons.

También Ursula Morris y Norman Heflin le pasaron.

—¡Pagarás caro el mordisco que me has dado, Fedra! — rugió Kenyon.

—¡Habrá sido otro cangrejo! — rió la pelirroja.

—¡Zorras, más que zorras! — barbotó Kenyon, y se esforzó en alcanzar a sus compañeros.

Ahora, era Burt Simmons quien iba en cabeza, seguido de cerca por Esther Collins.

Tan de cerca, que la atractiva Rubiano tuvo más que soltar el puño para alcanzar el hígado de Burt.

No fue un golpe terrible, ni mucho menos, pero si causó el dolor suficiente como para que Burt Simmons interrumpiera su carrera, dando un grito, y se llevara las manos a la zona castigada.

—¡Te voy a dejar sin pelo, Esther! — rugió.

—¿Las prefieres calvas, Burt…? — repuso ella burlona.

—¡Malditas! ¡Démosles su merecido, muchachos!

—¡Sí, vamos por ellas! — masculló Kenyon.

—¡Les enseñaremos a jugar limpio! — rezongó Norman.

Nadaron los tres con más brios aún que antes.

Esther, Ursula y Fedra redoblaron también sus esfuerzos, para no verse atrapadas por Burt, Kenyon y Norman.

La playa estaba ya muy cerca.

A menos de diez metros.

Por esta razón, Burt, Kenyon y Norman no pudieron alcanzar a las chicas, que salieron del agua, riendo, alborozadas, y corrieron por la arena, fina, limpia y dorada.

Burt, Kenyon y Norman salieron también del agua y corrieron tras ellas, porque seguían deseosos de venganza.

—¡Cuidado, chicas, que nos atrapan! — gritó Esther, justo un segundo antes de que Burt se lanzara sobre sus piernas y la hiciera caer sobre la arena.

La rubia dio un chillido.

—¡Ya eres mía, Esther! Exclamó Burt, sujetándola.

—¡Ursula! ¡Fedra! ¡Socorro…! — gritó ella, pugnando por zafarse de él.

No lo consiguió, claro.

Como tampoco Fedra pudo librarse de Kenyon, ni Ursula de Norman.

También ellas se habían visto atrapadas y derribadas, de ahí que no pudieran acudir en ayuda de Esther.

Mejor.

En realidad, Esther no deseaba que nadie le ayudase a librarse de Burt, porque se sentía muy a gusto atrapada por él.

Y lo mismo le sucedía a Ursula con Norman.

Y a Fedra con Kenyon.

A las tres les divertía muchísimo aquella situación.

También a Burt, Kenyon y Norman les divertía, y por ello deseaban prolongarla y sacar el máximo partido de ella.

De hecho, ya lo estaban sacando.

Sí, porque Burt, Kenyon y Norman tuvieron la misma idea: morder los tentadores traseros de Esther, Fedra y Ursula, respectivamente.

Ellas comenzaron a chillar, aunque más parecía que reían.

Y así era, en realidad, porque los dientes de Burt, Kenyon y Norman no les causaban apenas dolor, puesto que ellos las mordían más en broma que en serio.

—¡No me muerdas más, Norman! — suplicó la morena Ursula, retorciéndose sobre la arena.

—¿Morderte, yo…? ¡Es el cangrejo que me bajó el bañador, que ha salido del mar! — repuso el grandullón, y siguió mordisqueando las macizas nalgas de Ursula.

—¡Basta, Kenyon, por favor! — pidió la pelirroja Fedra.

—¡Confiesa que fuiste tú quien me mordió la pantorrilla, y no un cangrejo! — exigió el rubio.

—¡Sí, fui yo, fui yo!

—¡Entonces es justo que ahora te muerda yo a ti el trasero! ¡Ñam, ñam, reñam!

Fedra chilló y rió de nuevo.

Mientras tanto, la rubia Esther suplicaba:

—¡Arráncame el pelo si quieres, Burt, pero no devores mis nalgas!

—¿Te duelen?

—¡Mucho!

—¡Más me duele a mí el hígado, a causa del puñetazo que me diste!

—¡Fue sin querer, Burt!

—¿De veras?

—¡Te doy mi palabra!

—¡Y yo te doy bocados!

—¡No, Burt, no! ¡Ay, huy, ay…!

Así de bien se lo estaban pasando los seis, cuando, de pronto, al hundir sus manos en la arena, Esther Collins tropezó con un objeto duro.

Mientras Burt Simmons se le comía las nalgas en broma, la joven desenterró el objeto.

Se trataba de un hueso.

Un hueso humano.

Un fémur, concretamente.

Al darse cuenta de ello, Esther dio un chillido de horror y lo soltó inmediatamente.

—¡Un muerto…! ¡Hay un muerto enterrado aquí…! ¡He encontrado uno de sus huesos!

CAPITULO III

Al oír aquello, Burt Simmons interrumpió el delicioso mordisqueo de nalgas femeninas y alzó la cabeza, aunque no soltó las piernas de Esther Collins.

También Kenyon Waddell y Norman Heflin habían dejado de morder los traseros de Fedra Bloom y Ursula Morris, respectivamente, y éstas ya no gritaban ni reían.

La cosa era muy seria.

O, al menos, así lo parecía.

Un muerto es algo que no se encuentra todos los días.

Y, menos, enterrado en una playa.

Burt, Kenyon, Fedra, Norman y Ursula clavaron sus ojos en el hueso humano desenterrado por Esther, quien no podía apartar los suyos, dilatados de espanto, del macabro femur.

Transcurrieron un par de minutos sin que nadie hablara ni se moviera.

Por fin, Burt Simmons se irguió, dio unos pasos, y se acuclilló junto al hueso humano descubierto por Esther Collins. Tras una vacilación, lo tomó con sus manos.

—¡No lo toques, Burt! — chilló Esther.

—¿Por qué?

—¡Es un hueso humano! ¡El hueso de un muerto!

—De un muerto que lleva mucho tiempo muerto, según parece.

Kenyon waddell y Norman Heflin se incorporaron y se acercaron a Burt Simmons.

—¿Tú crees, Burt? — murmuró el rubio, impresionado.

—Sí, no hay duda. Este hueso lleva bastantes años enterrado en esta playa.

—¿Y el resto del esqueleto…? — dijo Norman.

—Debe de andar por aquí, también.

Fedra Bloom sintió que se le erizaba toda la piel del cuerpo.

—¡Los esqueletos no andan, Burt! — exclamó, haciendo un gallo con la voz.

Simmons no pudo contener la risa.

—Ya sé que no, Fedra. Es un decir.

—Busquemos el resto del esqueleto, Burt — sugirió Kenyon.

—Sí, hay que encontrarlo — estuvo de acuerdo Norman.

—¡No! — Gritó Esther, poniéndose en pie de un brinco—. ¡Lo que tenemos que hacer, es regresar al barco!

—¡Sí, ahora mismo! — añadió la pelirroja Fedra, irguiéndose también.

—¡Lo mismo digo! — opinó Ursula, imitando a sus compañeras.

Burt las miró a las tres.

—Me parece que las chicas están un poco asustadas, muchachos.

—Es estúpido tener miedo de un esqueleto — dijo Kenyon.

—Sí, no tiene sentido — agregó Norman.

Esther Collins alzó la barbilla.

—Yo no tengo miedo. Sé que un esqueleto no puede hacer nada, pero estoy en contra de que lo desenterremos. A los muertos se les debe permitir reposar en paz.

—En un cementerio, sí, Esther. Pero es que éste fue enterrado en una playa solitaria, y eso hace pensar mal… — repuso Burt.

—¿Qué nos importa a nosotros lo que pasó? — habló Ursula.

—¡Eso! — exclamó Fedra — ¿Qué nos importa a nosotros? Además, fuera lo que fuera lo que pasó, ocurrió hace muchos años, según Burt. Dejemos en paz al muerto y volvamos al barco. Vinimos a este lugar a divertirnos, no a desenterrar esqueletos.

—¡Bien dicho! — opinó la morena Ursula.

Burt Kenyon y Norman se miraron entre sí.

El primero preguntó:

—¿Qué hacemos, muchachos?

Kenyon tras alzar un instante los ojos, para ojear el cielo, dijo:

—Pronto oscurecerá, Burt. Es tarde ya para ponerse a buscar huesos. Creo que debemos dejarlo para mañana.

—Con nosotras no contéis — advirtió Esther —. Cómo muy bien dijo Fedra, vinimos a este hermoso lugar a pasarlo bien, no a buscar muertos. Si lo llego a saber, me quedo en San Francisco.

—Y yo — rezongó Ursula.

—Hago mías vuestras palabras — dijo Fedra.

Burt Simmons suspiró y dejó el hueso sobre la arena.

—Está bien, no os enfadéis. Nos olvidaremos del muerto y procuraremos divertirnos.

—Sí, no debemos disgustar a las chicas — sonrió Kenyon.

—Como si no hubiéramos encontrado nada — dijo Norman, sonriendo también.

Esther, Fedra y Ursula se alegraron.

—Volvamos al barco — sugirió la primera.

—Y esta vez, nada de carreras, ¿eh? — puso en claro la pelirroja.

—Sí, será mejor, porque hay demasiados cangrejos en esta bahía — señaló irónicamente Ursula —, ¡Y tienen todos unas ganas de morder…!

Burt, Kenyon, Norman, Esther y Fedra rieron las palabras de su compañera.

Segundos después, se metían todos en el mar y emprendían el regreso al Mary Ann, nadando tranquilamente, sin prisa alguna.

* * *

Cenaron en la cubierta.

Una cena a base de conservas y entremeses.

Tampoco faltó una abundante y rica ensalada, que Esther, Ursula y Fedra se encargaron de preparar.

Todas las luces del barco estaban encendidas, iluminando la pequeña bahía. Como, por otra parte, la noche no era demasiado oscura, la playa podía verse desde el Mary Ann.

De vez en cuando, y siempre con disimulo, los ojos de Esther, Fedra y Ursula se posaban en la playa un instante, porque ninguna de ellas conseguía olvidar el hueso humano que encontraron enterrado en la arena.

Tampoco Burt, Kenyon y Norman podían apartarlo de su pensamiento, y, al igual que Esther, Fedra y Ursula, de cuando en cuando desviaban sus miradas hacia la playa, disimuladamente.

No obstante, ninguno de los seis mencionó durante la cena el fémur encontrado en la playa, queriendo dar cada cual la impresión de que se habían olvidado por completo de él.

Tarea inútil, porque el hueso humano flotaba en el ambiente, y todo lo demás resultaba forzado y falso.

Las conversaciones…

Las sonrisas…

Los movimientos…

Nada era natural.

De pronto, Esther Collins dio un nervioso respingo y perdió el tenedor, en el preciso instante en que se disponía a pinchar un trozo de lechuga.

—¿Habéis oído eso? — exclamó, mirando al mar.

—¿El qué? — preguntó Burt Simmons.

—¡Ha sido un chapoteo!

—Yo no he oído nada, Esther — murmuró Fedra Bloom.

—Ni yo — dijo Ursula Morris.

—¡Pues yo sí lo oí! ¡Y muy claramente, además! — insistió Esther, muy nerviosa.

—Un chapoteo dijiste, ¿no? — repuso Kenyon Waddell.

—¡Sí!

—Algún pez saltarín. ¿Por qué le das tanta importancia, Esther?

La muchacha se mordió los labios.

—¿Seguro que fue un pez, Kenyon? — musitó.

—¿Qué otra cosa podría ser? En el mar no hay más que peces. Unos más grandes y otros más pequeños.

—El que produjo el chapoteo, debió ser grande — repuso Esther.

—Celebraría que así fuera, porque ya sabéis que me encanta practicar la pesca submarina. Mañana tomaré mi fusil y echaré un vistazo por ahí abajo. Y, si hay alguna buena pieza, no dudes que volveré con ella, Esther.

—Y tendremos pescado fresco para almorzar — dijo Burt, sonriente.

—¡Me apunto yo a eso! — exclamó Norman Heflin, provocando las risas de todos.

Bueno, no de todos.

Hubo una excepción: Esther Collins.

Ella se limitó a sonreír.

Y lo hizo forzadamente.

La razón era que un sexto sentido parecía advertirle que no había sido un pez saltarín el causante del chapoteo que ella captara, y que, curiosamente, nadie más oyó.

¿Sería todo fruto de su imaginación?

Esther no sabía qué pensar.

En la playa había dicho que no tenía miedo, pero la verdad es que sí lo tenía.

Ahora estaba segura de ello.

* * *

Esther Collins mantenía las orejas tensas, para ver si captaba algún nuevo chapoteo, pero los minutos iban pasando y el pez saltarín, o lo que fuera, no daba señales de vida.

Y llegó la hora de irse a dormir, sin que las diera de nuevo.

El Mary Ann disponía de cuatro camarotes, pequeños, pero cómodos y confortables.

No hubo necesidad de que nadie indicara quién iba a dormir con quién.

Kenyon Waddell rodeó la cintura de Fedra Bloom con su brazo y la llevó hacia su camarote, al tiempo que decía:

—Felices sueños, muchachos.

La pelirroja se limitó a sonreir.

Ella también estaba deseando acostarse con Kenyon y pensaba mostrarse tan activa y audaz como la última vez que durmió con él.

Tan pronto como Kenyon y Fedra entraron en el camarote y cerraron la puerta, Norman Heflin pasó su brazo por los hombros de Ursula Morris y dijo:

—Vamos, Ursula.

—Sí, —sonrió ella, cogiéndole a su vez por la cintura.

—Buenas noches, muchachos —deseó Norman a Burt y Esther, y él y la morena entraron en el camarote que tenían más próximo.

Burt Simmons y Esther Collins se miraron a los ojos.

—Lamento que te haya tocado a ti la china, Esther.

—No te entiendo, Burt.

—¿No te importa cargar conmigo?

—Oh, te referías a eso — sonrió la muchacha.

—Soy el único hombre disponible que queda a bordo.

—Y yo la única mujer.

—Lo cual es una suerte para mí.

—¿Y qué te hace pensar que para mí es una desgracia que me hayas correspondido tú como pareja?

Burt le puso las manos en las caderas y se las oprimió con suavidad.

—¿No lo es?

—Tú sabes bien que no, Burt. Si me hubieran dado la oportunidad de elegir, mi dedo te habría elegido a ti.

—Lo mismo digo, nena — confesó Simmons, y sus labios se posaron sobre los de ella, en suave y cálido beso, que poco a poco fue tornándose apretado e intenso.

Los brazos de Burt cercaban ya el cuerpo de Esther y lo estrechaban con fuerza, mientras que los brazos de la joven se habían enroscado al cuello masculino.

Cuando más apasionados eran el beso y el abrazo, se escuchó un ruido en cubierta.

Un ruido leve, pero claro.

Burt Simmons y Esther Collins se separaron al instante y se miraron.

—¿Qué ha sido eso, Burt? — preguntó ella, con voz susurrante, como si tuviera miedo de ser oída por alguien más.

—No lo sé. Ha sido arriba, ¿Verdad?

—Sí, en cubierta.

—Vamos a echar un vistazo.

—¡No!

Simmons sonrió levemente.

—¿Estás asustada?

—Sí, no me avergüenza confesarlo.

—Pienso que no hay motivo, pero, si prefieres quedarte aquí abajo, subiré yo solo.

Esther lo agarró del brazo.

—¿Por qué tienes que subir, Burt?

—Oímos un ruido, Esther. Y quiero saber que lo produjo.

—O quién…

Burt entornó los ojos.

—¿Por qué has dicho eso?

—No lo sé.

—No puede tratarse de una persona, porque éste es un lugar solitario.

—No tan solitario.

—Si estás pensando en el hueso humano que encontramos en la playa…

—Sí, en él estoy pensando.

—Yo me refería a los vivos, Esther. Los muertos no cuentan.

—Ya sé que no, pero…

—Voy a subir a cubierta.

—Avisa a Kenyon y Norman.

—Deben estar muy entusiasmados con Fedra y Ursula, respectivamente, y no quiero interrumpirles — sonrió Simmons —. No les haría ni pizca de gracia. Y a ellas tampoco.

—Está bien, Burt. Subiré contigo…

—Me gustan las chicas valientes.

—No te burles, por favor. Estoy temblando de miedo, y tú lo sabes.

Burt la besó fugazmente en los labios y luego la cogió de la mano.

—Vamos arriba, nena. Te demostraré que tus temores son infundados.

—Ojalá sea así — murmuró Esther.

Caminaron hacia la escalera y subieron a cubierta.

—¡Mira, Burt! — exclamó la muchacha, señalando con su mano las manchas de agua que se veían en la cubierta del barco.

La indicación de Esther sobraba, porque Burt había descubierto también las manchas.

Parecían pisadas, pero tenían una forma rara, como si no fueran de pies humanos. Al menos, de pies humanos desnudos. Claro que, si a esos pies se les había acoplado un par de aletas natatorias…

Esto fue lo que pensó Burt Simmons, que la persona que había subido

misteriosamente al Mary Ann y caminado por su cubierta llevaba aletas natatorias.

Súbitamente, algo cayó al mar.

O se lanzó.

Burt corrió hacia la popa del barco, tirando de la mano de Esther, quien dio un chillido.

Llegaron tarde.

La persona que llevaba aletas natatorias, o lo que fuera, se había sumergido ya en las serenas aguas de la bahía, y no pudo ser vista por Burt y Esther.

El misterio, por tanto, continuaba.

Y, el peligro, también.

CAPITULO IV

Esther Collins, pálida, murmuró:

—No estamos solos en la bahía, Burt. Y conste que ahora no estoy pensando en el muerto que lleva años enterrado en la playa.

Burt Simmons le rodeó los hombros con su brazo.

—Tienes razón, Esther. No estamos solos en este lugar. Y tampoco yo estoy pensando en el muerto. Los muertos no se pasean por las cubiertas de los barcos.

—El chapoteo que yo escuché, mientras cenábamos…

—Debió causarlo el tipo que hace unos minutos nos visitó. Debe disponer de un equipo de buceo. Fíjate en las huellas dejadas por sus pies, en la cubierta.

—Son muy extrañas, Burt.

—El tipo llevaba aletas natatorias.

—Sí, por eso tienen esa forma tan rara.

Burt y Esther dejaron de hablar, porque en aquel momento aparecieron en cubierta Kenyon, Fedra, Norman y Ursula.

—¿Qué ha pasado, Burt? preguntó el rubio.

—Oímos que algo cayó al mar… —Explicó Norman Heflin.

—¿Que fue, Burt? — inquirió la pelirroja Fedra.

—Vosotros no estáis mojados… —Observó Ursula Morris

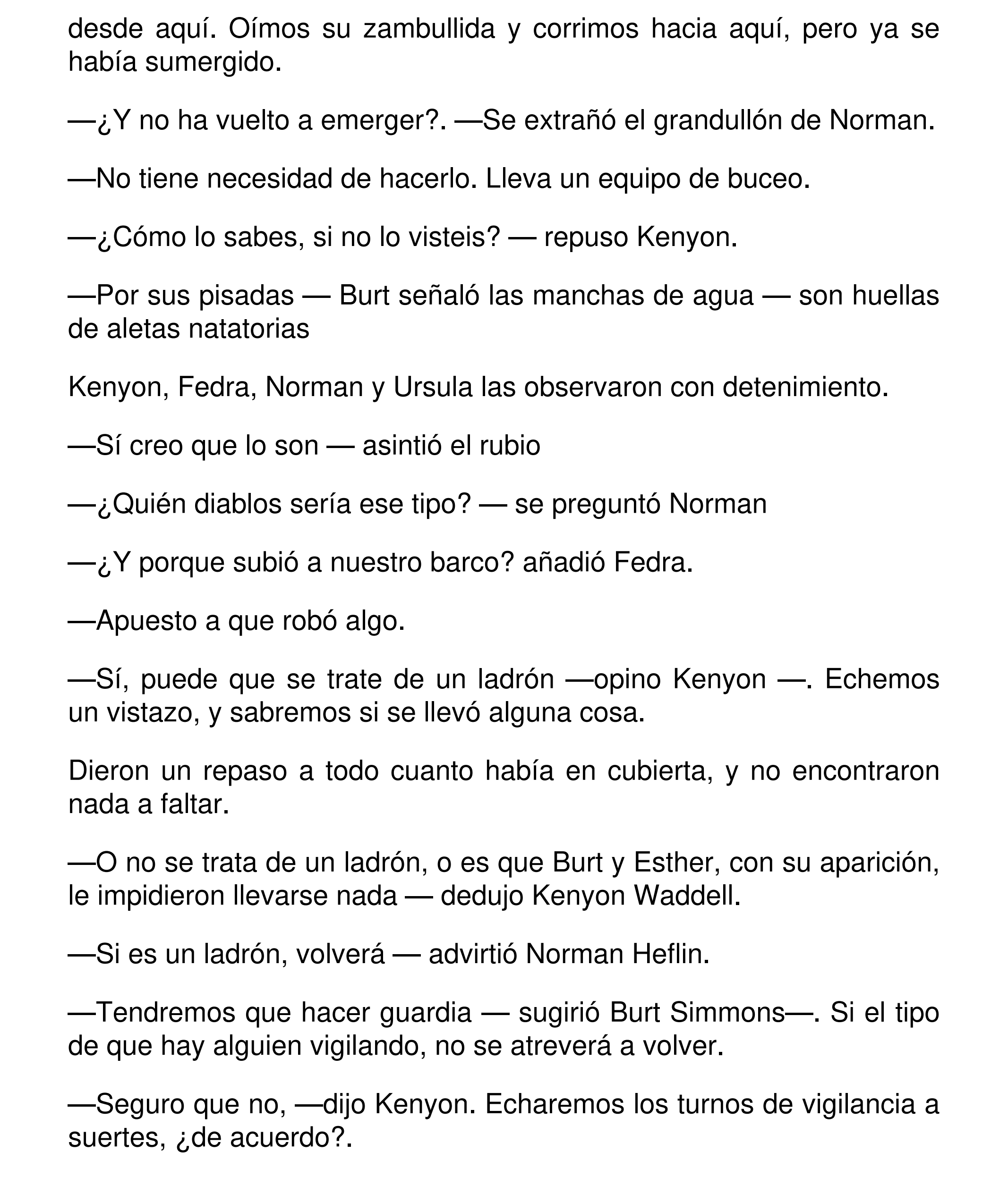
Burt Simmons informó:

—Alguien nos hizo una visita, muchachos.

—¿Alguien? — parpadeó Kenyon Waddell.

—¿Quién? preguntó Fedra Bloom.

—Esther y yo no pudimos verle. Cuando subimos a cubierta, porque habíamos oído un leve ruido, el misterioso individuo se lanzó al mar



desde aquí. Oímos su zambullida y corrimos hacia aquí, pero ya se había sumergido.

—¿Y no ha vuelto a emerger?. —Se extrañó el grandullón de Norman.

—No tiene necesidad de hacerlo. Lleva un equipo de buceo.

—¿Cómo lo sabes, si no lo visteis? — repuso Kenyon.

—Por sus pisadas — Burt señaló las manchas de agua — son huellas de aletas natatorias

Kenyon, Fedra, Norman y Ursula las observaron con detenimiento.

—Sí creo que lo son — asintió el rubio

—¿Quién diablos sería ese tipo? — se preguntó Norman

—¿Y porque subió a nuestro barco? añadió Fedra.

—Apuesto a que robó algo.

—Sí, puede que se trate de un ladrón —opino Kenyon —. Echemos un vistazo, y sabremos si se llevó alguna cosa.

Dieron un repaso a todo cuanto había en cubierta, y no encontraron nada a faltar.

—O no se trata de un ladrón, o es que Burt y Esther, con su aparición, le impidieron llevarse nada — dedujo Kenyon Waddell.

—Si es un ladrón, volverá — advirtió Norman Heflin.

—Tendremos que hacer guardia — sugirió Burt Simmons—. Si el tipo de que hay alguien vigilando, no se atreverá a volver.

—Seguro que no, —dijo Kenyon. Echaremos los turnos de vigilancia a suertes, ¿de acuerdo?.

—Vale —respondió Norman.

—Cogeré tres mondadientes y acortaré dos de ellos.

—El que elija el más corto, hará el primer turno, que será de tres horas. El que coja el mondadientes mediano, le sustituirá. Y, el que tenga el mondadientes entero, hará el último turno.

—Un momento, Kenyon — intervino Esther Collins.

—Sí, preciosa

—Porque no izas el ancla, pones el motor en marcha, y nos largamos.

—¿Largarnos?

—Sí, creo que sería lo mejor.

—No digas tonterías Esther. Prácticamente acabamos de llegar, aún no hemos empezado a disfrutar de esta hermosa bahía.

—Pero ya hemos encontrado un muerto enterrado en la playa y recibido la visita de un desconocido, que puede ser un ladrón… O algo mucho peor. La costa californiana es inmensa. Podemos pasarlo bien en cualquier otro lugar.

—Es cierto. Pero escogimos éste, y aquí debemos quedarnos, ¿o es que vamos a asustarnos porque hayamos encontrado un hueso humano enterrado en la playa, o porque un vulgar caco haya intentado robarnos alguna cosa de valor? los muertos no pueden hacer daño a nadie, Esther.

—Pero, los vivos sí —replicó la muchacha.

—Es un hombre solo, y nosotros somos tres. Cuatro, debería decir, porque Norman vale por dos.

El grandullón ensanchó su poderosa caja torácica, orgulloso.

—Muchas gracias, Kenyon.

—De nada — sonrió el rubio.

—Tienes razón, sabes— manifestó Norman. —Debemos quedarnos en la bahía. Y, si el caco asoma de nuevo las narices en nuestro barco, se las machacaremos a puñetazos.

—¿Qué opinas tú, Burt?.

—Estoy de acuerdo con vosotros, Kenyon. Sigamos en este lugar. Es precioso y tenemos derecho a disfrutar de él. Si nos marcháramos, me sentiría como un conejo asustado.

—¿Fedra? — consultó el rubio.

—Yo también deseo quedarme — respondió la pelirroja.

—¿Ursula?

La morena se colgó del brazo de Norman Heflin.

—Con un hombrón como Norman al lado, yo no temo a nada ni a nadie.

Heflin agrandó de nuevo su musculoso tórax.

—Muy agradecido muñeca.

Burt, Kenyon, Ursula y Fedra rieron.

Después, Kenyon miró a Esther Collins y dijo:

—Ya lo has oído, Esther. Todos queremos quedarnos.

—Muy bien, quedémonos — rezongó la rubia —. Y ojalá no tengamos que arrepentirnos.

* * *

Kenyon Waddell tenía ya los mondadientes preparados.

Se los tendió a Burt Simmons, semiocultos en su mano derecha, e indicó:

—Elige tu primero, Burt.

Simmons tomó el del centro y tiró de él.

Le faltaba un pedazo.

—Es el mediano — dijo Kenyon —. Harás el segundo turno de vigilancia, Burt.

—Hubiera preferido el primero o el último, pero puesto que la suerte lo ha querido así, tendré que conformarme — suspiró Simmons.

—Elige tú ahora, Norman.

—¡Este! — exclamó el gigantón, y cogió el mondadientes de la izquierda.

Le faltaba justo la mitad.

Kenyon rió.

—Lo siento, Norman, pero tendrás que hacer tú la primera guardia — dijo, y mostró el mondadientes que había quedado en su mano, totalmente entero.

Heflin lanzó un suspiro de resignación.

—Qué se le va a hacer… Si la suerte ha querido que no lo pase bien con Ursula hasta dentro de tres horas, me aguantaré.

La morena le sonrió.

—¿No dijo alguien que la espera forma parte del placer, Norman?

—Sí, creo que sí.

—Me quedaré contigo en cubierta y nos daremos algunos besitos, ¿De acuerdo?

—Es una gran idea, Ursula.

—¿Quieres cambiar tu turno por el mío, Norman? — propuso Burt.

—No, gracias — rechazó Heflin, sin dudar —. Pienso, como tú, que el segundo turno es el peor. A Kenyon sí que se lo cambio, si él quiere, que no querrá.

—Desde luego que no — respondió el rubio —. El último turno es el mejor, así que me quedo con él.

—¡Suertudo!

Waddell rió y cogió a Fedra Bloom por la cintura.

—Volvamos al camarote, nena.

Kenyon y la pelirroja se alejaron.

Burt cogió la mano de Esther.

—Nosotros también nos retiramos, Norman. Dentro de tres horas, te reemplazaré.

—De acuerdo, Burt.

—Mantén los ojos bien abiertos, ¿eh, Norman?

—Descuida, no me distraeré demasiado con Ursula.

Burt y Esther se encaminaron también hacia su camarote.

Apenas quedar solos, Norman abrazó a Ursula y la miró ardientemente a los ojos.

—¿Dijiste algo de besitos, muñeca?

—Sí, pero lo retiro.

—¿Por qué?

—Ya oíste a Burt. Debes mantener los ojos bien abiertos.

—No los cerraré mientras te beso, te lo prometo.

—Prefiero que hablemos, Norman.

—No seas tonta, Ursula. Estoy seguro de que el ladrón no se atreverá a volver. Y, si se atreve, peor para él. Le romperé todos los huesos.

—Norman…

Heflin la besó y la morena tardó muy poco en abandonarse totalmente entre los musculosos brazos masculinos, olvidándose por completo del ladrón.

O lo que fuera…

También Norman se olvidó de él.

Fue un error.

Un grave error.

Y los dos iban a lamentarlo.

CAPITULO V

La cabeza afloró a la superficie.

Una cabeza horrible.

Espeluznante.

Monstruosa.

Había emergido a una cierta distancia del Mary Ann, muy silenciosamente.

Nada de chapoteos, esta vez.

El alucinante ser no quería ser descubierto por Norman Heflin y Ursula Morris, quienes seguían estrechamente abrazados y se besaban fogosamente, sin sospechar que estaban siendo observados por un par de ojos enormes, perfectamente redondos, protegidos por unos párpados gruesos y repletos de rugosidades.

Los ojos de la horripilante criatura marina brillaban de un modo siniestro, terrorífico, diabólico, denunciando sus crueles instintos, su deseo de causar daño, de atacar, de asesinar, de destrozar a sus víctimas.

Y allí, en la cubierta del Mary Ann, tenía dos a su entera disposición.

No tenía más que acercarse sigilosamente al barco, subir a él, sin hacer ningún ruido, y caer sobre el hombre y la mujer que con tantas ganas se estaban besando.

El monstruo marino se sumergió con el mismo silencio que poco antes emergiera y, moviéndose entre las aguas como un pez, enfiló hacia el Mary Ann.

* * *

En la popa del barco, totalmente ajenos al tremendo peligro que corrían, Norman Heflin y Ursula Morris continuaban pasándolo bien.

Las grandes y fuertes manos de Norman recorrían ávidamente el exuberante cuerpo de la morena, oprimiéndolo y acariciándolo todo, incluso lo que cubrían las dos piezas del bikini.

Pese a que era muy poco, Norman accionó el cierre de la prenda superior y dejó en completa libertad los redondos y túrgidos pechos de Ursula, para, tan sólo un par de segundos después, aprisionarlos con sus manos.

La morena no protestó.

Adivinaba ya que Norman pretendía hacerle el amor allí mismo, en la cubierta del barco, y la idea no le disgustaba en absoluto.

Eso de tener que esperar tres horas para…

No, nada de esperas.

Darían rienda suelta a su pasión y saciarían debidamente su deseo.

Fue la propia Ursula quien se dejó caer, arrastrando consigo al grandullón de Norman, que quedó sobre ella.

La ardiente morena comenzó a acariciar la desnuda espalda de Norman, tan amplia, que tenía que acariciarla por sectores. Toda a la vez, era imposible.

Norman, por su parte, abandonó un instante los labios de Ursula y deslizó los suyos hacia los senos femeninos para cubrirlos de besos.

Ardua tarea, también; pero sumamente deliciosa.

Ursula cerró los ojos y cogió la cabeza de Norman entre sus manos.

—Oh, Norman, cariño… — pronunció dulcemente, tras ahogar un gemido de placer.

Luego, la morena tuvo la sensación de que una sombra se proyectaba sobre su rostro.

Y Norman no podía ser.

Seguía besándole los pechos, y ella continuaba teniendo la cabeza de él entre sus manos.

Ursula volvió a pensar en el supuesto ladrón y abrió los ojos de golpe, asustada.

Vio al monstruoso ser que habitaba en las tranquilas aguas de la bahía. Un ser muy alto, dos metros largos de estatura, de piel grisácea, gruesa y dura, con unas extrañas orejas y una boca sencillamente terrorífica. Tenía brazos y piernas, aunque éstas eran

de batracio, y las manos, gigantescas, eran dos auténticas garras. En la parte superior de la cabeza, tenía una especie de cresta plateada, que despedía continuos destellos.

Los ojos de Ursula Morris se desorbitaron de horror y su cuerpo se enfrió y comenzó a temblar. Sin embargo, ningún sonido escapó de su garganta.

El terror, realmente infinito, atenazaba sus cuerdas vocales, y aunque intentó chillar con todas sus fuerzas, no consiguió hacerlas funcionar.

Norman Heflin advirtió que la morena temblaba de pies a cabeza, pero pensó que era de placer, y se dijo que había llegado el momento de poseerla.

Fue entonces, al levantar la cabeza y mirar su rostro, desencajado de espanto, blanco como la cal, poco menos que cadavérico, cuando Norman descubrió que ambos estaban en peligro.

Se revolvió en el acto, dispuesto a hacer frente a lo que fuera, porque a valiente no le ganaba nadie.

Sin embargo, al descubrir al horroroso ser, plantado a menos de un metro de él, observándolos fijamente con sus enormes y siniestros ojos, Norman Heflin quedó paralizado.

—Dios mío… — musitó sin apenas voz.

El monstruo le atacó.

El zarpazo, realmente centelleante, no pudo ser esquivado por el estupefacto Norman, cuya garganta se vio brutalmente desgarrada por las largas, duras y afiladas uñas de la aterradora bestia marina.

Norman se llevó ambas manos al cuello, de donde ya brotaba un verdadero torrente de sangre, que cubrió rápidamente su musculoso tórax.

Quiso gritar, pero apenas pudo emitir un extraño y ronco sonido gutural, porque sus cuerdas vocales estaban destrozadas.

El monstruo le atacó de nuevo, ahora con la garra izquierda.

Este nuevo zarpazo, más poderoso aún que el primero, desgarró de arriba abajo el pecho del infortunado Norman, destrozando los músculos pectorales, abriendo el estómago, el vientre…

Norman Heflin se miró la terrible herida del tórax.

No podía creer lo que estaba sucediendo.

No debía ser verdad.

Sin duda se trataba de una pesadilla.

Sí, seguro que sólo era un sueño.

Un horrible sueño.

No podían existir seres tan monstruosos como el que tenía, o creía tener, ante sus ojos.

Un tercer zarpazo le desgarró totalmente el muslo derecho.

Pese a ello, Norman siguió aferrándose a la idea de que todo era una pesadilla, y que despertaría en cualquier momento.

Desgraciadamente para él, no se trataba de ningún sueño, y el monstruo de la bahía siguió destrozándolo con sus garras de acero.

Norman no pudo defenderse.

Había perdido mucha sangre y las fuerzas le habían abandonado por completo.

Era ya un moribundo.

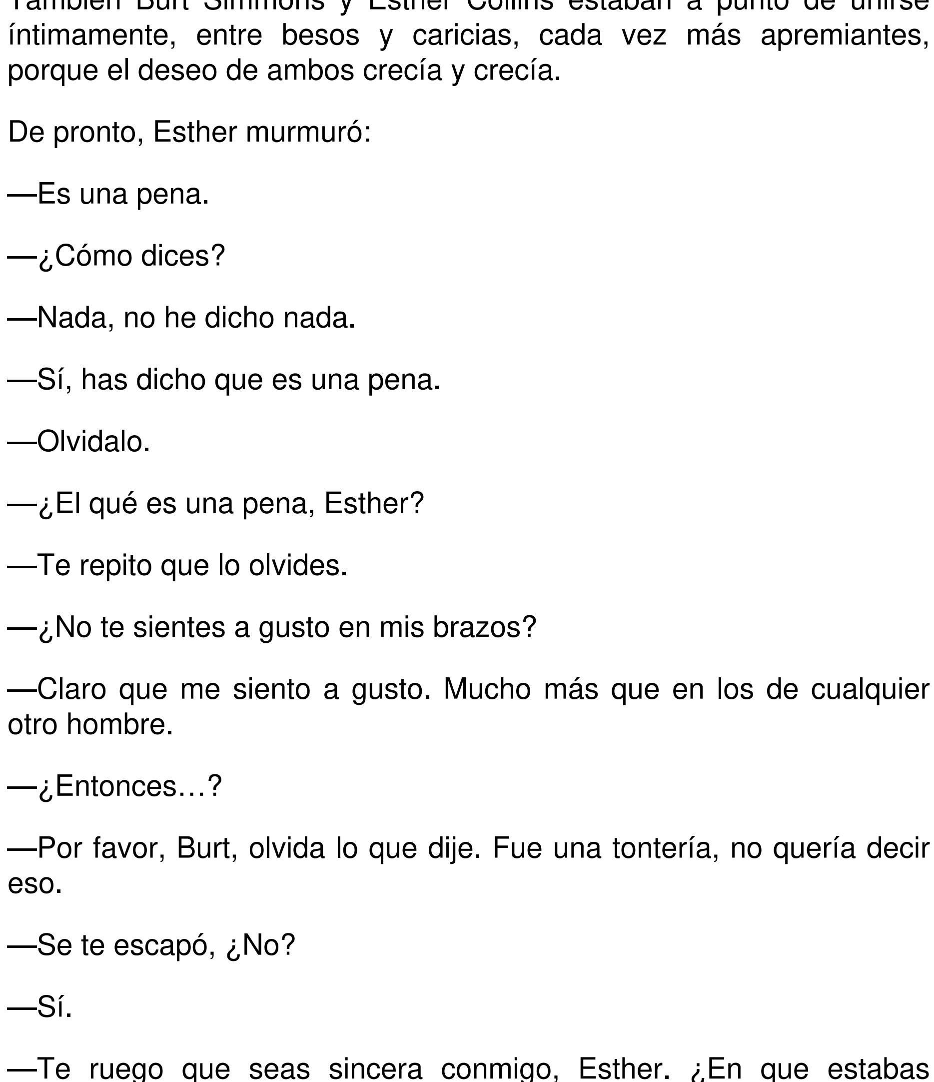
Tardaría muy poco en expirar.

Ursula Morris, horrorizada por lo que sus ojos estaban presenciando, recuperó de pronto la facultad del habla y lanzó un chillido ensordecedor.

Después, se desvaneció.

CAPITULO VI

Sin sospechar que en cubierta estaban teniendo lugar unos acontecimientos dramáticos, terribles, espantosos, Kenyon Waddell y Fedra Bloom se entregaban de lleno al acto del amor, esforzándose cada cual en proporcionar el máximo placer al otro.



También Burt Simmons y Esther Collins estaban a punto de unirse íntimamente, entre besos y caricias, cada vez más apremiantes, porque el deseo de ambos crecía y crecía.

De pronto, Esther murmuró:

—Es una pena.

—¿Cómo dices?

—Nada, no he dicho nada.

—Sí, has dicho que es una pena.

—Olvidalo.

—¿El qué es una pena, Esther?

—Te repito que lo olvides.

—¿No te sientes a gusto en mis brazos?

—Claro que me siento a gusto. Mucho más que en los de cualquier otro hombre.

—¿Entonces…?

—Por favor, Burt, olvida lo que dije. Fue una tontería, no quería decir eso.

—Se te escapó, ¿No?

—Sí.

—Te ruego que seas sincera conmigo, Esther. ¿En que estabas pensando, cuando dijiste que era una pena?

—Después hablaremos de eso, ¿de acuerdo?

—No, quiero que hablemos ahora.

—¿Es que ya no me deseas, Burt?

—Claro que te deseo.

—Hazme tuya, pues.

—No, no puedo hacerte el amor con esa duda en mi mente. Y te suplico que me aclares que quisiste decir antes.

Esther Collins suspiró.

—De acuerdo, te lo aclararé. Me siento tan feliz en tus brazos, que no puedo dejar de pensar que es una pena que sólo pueda vivir estos maravillosos momentos de tarde en tarde. Me gustaría que fueras solamente mío, que no te importaran las otras mujeres, que sólo desearas hacer el amor conmigo. ¿Lo entiendes, Burt?

Simmons sonrió con suavidad y le acarició el cabello.

—Creo que sí, nena.

—Sigamos, entonces.

—No, todavía no.

—¿Qué más quieres saber?

—Sólo una cosa más. ¿Estás enamorada de mí, Esther?

—Sí, muy enamorada. Y eso me hace sufrir, Burt. Sé que tú, al igual que Norman y Kenyon, no eres hombre que se conforme con una sola mujer. A los tres os gusta cambiar continuamente de chica, odiáis el matrimonio, no queréis veros atados a ninguna mujer, por muy atractiva que sea y muy bien que lo paséis con ella.

—Todo eso es verdad, Esther. Al menos, lo ha sido hasta hoy.

—¿Qué quieres decir?

Burt Simmons se disponía a aclarárselo, cuando se escuchó el terrible grito lanzado por Ursula Morris segundos antes de sufrir el desvanecimiento.

Esther Collins se estremeció desde el cabello a las uñas de los pies.

—¡Es Ursula, Burt!

—¡Algo está ocurriendo arriba! ¡Vamos! — exclamó Simmons, saltando de la litera, completamente desnudo.

Se colocó el bañador en un santiamén, y salió disparado del camarote.

Esther Collins había también brincado de la litera, y se estaba poniendo el bikini a toda prisa.

Kenyon Waddell y Fedra Bloom, lógicamente, habían escuchado asimismo el angustioso chillido de Ursula Morris, viéndose obligados a interrumpir el acto amoroso.

Cuando Kenyon salió de su camarote, con el bañador puesto, Burt se lanzaba ya hacia la escalera que conducía a cubierta.

El rubio se lanzó también hacia allí.

Cuando Esther y Fedra salieron al corredor, con los bikinis colocados, Burt y Kenyon alcanzaban ya la cubierta.

Justo en ese momento, alguien se arrojaba al agua desde la popa del barco.

Burt y Kenyon corrieron hacia allí.

El monstruo de la bahía ya no estaba, pero sí los cuerpos inmóviles de Ursula y Norman, el de éste horriblemente despedazado sobre un enorme charco de sangre.

La impresión fue tal, que Burt Simmons y Kenyon Waddell se detuvieron en seco, horrorizados.

Y así continuaban, cuando aparecieron Esther y Fedra.

Ellas aún se horrorizaron más, y se pusieron las dos a chillar histéricamente.

Fedra Bloom no pudo resistir el horrendo espectáculo y se desmayó, cayéndose en redondo. Esther Collins no se desmayó, pero sintió tal flojedad en las piernas, que se le doblaron y cayó de rodillas sobre la cubierta.

Entonces, se cubrió el rostro con las manos y hundió la cabeza entre sus rodillas, estallando en amargos y convulsivos sollozos.

Burt Simmons y Kenyon Waddell, con el estómago encogido y el corazón oprimido, se acercaron a Norman Heflin y Ursula Morris,

pudiendo comprobar que la morena no estaba muerta, sino solamente desvanecida.

No tenía herida alguna, aunque sí algunas manchas de sangre.

Pero era sangre de Norman, que la había salpicado cuando el monstruo marino le desgarró la carne con sus poderosas garras.

Burt y Kenyon cargaron con el cuerpo inerte de Ursula y la separaron unos metros del despedazado cadáver de Norman. Después, Burt recogió la pieza superior del bikini de la morena y se lo puso, cubriendo sus pechos desnudos.

Entretanto, Kenyon cogió una toalla de baño y la extendió sobre el destrozado cuerpo de Norman, cubriéndole desde la cabeza hasta casi las rodillas.

Esther Collins seguía sollozando amargamente, encogida y con las manos sobre su rostro. Cerca de ella, Fedra Bloom continuaba desvanecida.

Burt Simmons y Kenyon Waddell se miraron.

Luego, y sin cambiar una sola palabra, desviaron sus ojos hacia las serenas aguas de la bahía.

Burt apretó los puños con fuerza y rezongó:

—Cometimos un error, Kenyon. Debimos hacer caso a Esther, y marcharnos de este maldito lugar.

—Cometimos un error, sí — admitió el rubio —. Pero no fue quedarnos, sino realizar la guardia si armas. Tengo una pistola en mi camarote. Si se la hubiera dado a Norman, la habría utilizado contra el tipo que le atacó.

—Lo dudo, Kenyon.

—¿Por qué?

—Es evidente que el asesino sorprendió a Norman mientras éste besaba y acariciaba a Ursula. Le dije que mantuviera los ojos bien abiertos, pero no me hizo caso. El hecho de que Ursula estuviera con los pechos desnudos, lo demuestra.

—Quizás fue el asesino, quien la dejó con los pechos al aire, no Norman — repuso Waddell.

Burt Simmons movió la cabeza.

—No, Kenyon, no lo creo. Norman se vio sorprendido por el tipo, y éste no le dio oportunidad de defenderse. Debió ser un ataque centelleante, brutal, despiadado. Por eso no oímos ruidos de lucha. Y es que no la hubo.

—Tampoco oímos gritar a Norman, sólo a Ursula. Y una sola vez.

—¿No te fijaste en las profundas heridas que tiene Norman en la garganta, Kenyon?

—Sí, la tiene literalmente destrozada.

—Eso fue lo que le impidió gritar.

—¿Con qué le atacaría el asesino, para causarle esas heridas tan… tan…?

—No lo sé, Kenyon. Más que el ataque de un ser humano, parece el ataque de una bestia sanguinaria, de poderosas garras, capaz de destrozarlo todo con ellas.

El rubio se estremeció.

—Pero lo hizo un hombre, ¿verdad?

—Supongo que sí, aunque ignoro con qué. Ursula nos lo dirá, cuando se recobre — Burt miró un instante a la desvanecida morena.

Kenyon la miró también.

Despúes dijo:

—Ve abajo por mi pistola, Burt. Y cogeré también mi fusil de pesca submarina. Si el asesino vuelve, será bien recibido esta vez.

—No creo que vuelva, porque prefiere atacar por sorpresa. De todos modos, estaremos más seguros con las armas en las manos, sea del tipo que sea.

—Subiré en seguida, Burt.

—Sí, no tardes. Yo, mientras tanto, trataré de reanimar a Ursula.

—Fedra también está desvanecida.

—Esther se ocupará de ella.

—¿Podrás, Esther? — preguntó Kenyon, mirándola.

Esther Collins, aunque seguía de rodillas sobre la cubierta, había erguido el torso y retirado las manos de su rostro, que se veía bañado en lágrimas y falto totalmente de color.

—Sí, yo atenderé a Fedra — respondió quedamente.

—Gracias — sonrió ligeramente Kenyon, y fue en busca de la pistola y el fusil de pesca submarina.

Burt se arrodilló junto a Ursula y empezó a palmearle suavemente las mejillas.

—Ursula… Despierta, Ursula.

Esther hizo lo propio con Fedra.

Kenyon entró en su camarote y tomó su pistola, un Colt de calibre 38. Segundos después, cogía también el fusil de pesca submarina. Lo estaba cargando, cuando oyó chillar a Ursula.

—¡Socorro…! ¡El monstruo…! ¡Auxilio…!

CAPITULO VII

Kenyon Waddell se disparó hacia la cubierta, con el revólver en la diestra y el fusil de pesca submarina en la izquierda.

Y estaba decidido a hacer uso de ambas armas, si era necesario.

Afortunadamente, no lo fue.

El monstruo de la bahía no había aparecido de nuevo en la cubierta del Mary Ann. Si Ursula Morris pedía socorro, y mencionaba al horripilante ser, era porque, al volver en sí, ayudada por Burt Simmons, había sufrido un ataque de histeria.

Y es que, aquellos horribles minutos vividos un rato antes, seguían grabados en el cerebro de la morena.

Burt trataba de calmarla, pero Ursula no le veía.

Ella sólo veía al monstruo marino, desgarrando con sus zarpas de hierro el cuerpo joven y musculoso de Norman Heflin. Y veía la sangre, muy roja, saliendo a borbotones de las espantosas heridas.

Por eso no paraba de gritar, de pedir auxilio, de agitarse convulsivamente, como si se tratase de una epiléptica.

—¡Norman! ¡El monstruo está matando a Norman…! ¡Lo está haciendo pedazos con sus garras…! ¡Socorro…!

—¡Tranquilizate, Ursula, por favor! — rogó Burt, sujetándola fuertemente—. ¡Ya pasó todo, estás a salvo! ¡Somos nosotros, Ursula! ¡Habladle, que os oiga a todos! — pidió a Kenyon, Esther y Fedra.

Esta última había despertado unos segundos antes que la morena.

Kenyon, Esther y Fedra, impresionados por lo que estaban oyendo decir a Ursula, se acercaron a ésta, para que pudiera verles, y comenzaron a hablarle.

—Serénate, Ursula — dijo Kenyon.

—Sí, ya no corres ningún peligro — aseguró Esther, pálida.

—Estamos contigo, Ursula — dijo Fedra, más pálida aún que Esther.

—¿Lo ves? — le sonrió Burt —. Estás con nosotros, con tus amigos. Sosiégate, Ursula.

Poco a poco, Ursula Morris se fue calmando, y ello le permitió volver a la realidad. Ya no veía al horrible monstruo atacando despiadadamente a Norman Heflin, sino que veía los rostros de Burt, Esther, Kenyon y Fedra, sus compañeros, sus amigos.

Las violentas convulsiones cesaron, aunque su cuerpo temblaba perceptiblemente, así como sus labios, sus dientes, sus párpados… El corazón le latía muy aprisa y con fuerza, agitando sus senos, que amenazaban con salirse del breve sujetador del bikini.

—¿Dónde está Norman? — preguntó de pronto, con débil voz.

Burt cambió una mirada con Kenyon, Esther y Fedra, como preguntándoles si debía decirle la verdad a Ursula, o esperar algunos minutos para que se tranquilizara un poco más.

Había costado tanto vencer su ataque de histeria.

—Quiero ver a Norman — pidió la morena, cogiendo el brazo de Burt.

—No es posible, Ursula — respondió Simmons.

—¿Lo mató el monstruo?

—¿De qué monstruo hablas?

—Del que atacó a Norman. ¡Era un ser espantoso!

—Vamos, cálmate. Si te pones nerviosa, no podrás contarnos lo que pasó.

—Norman y yo nos habíamos tendido sobre la cubierta. Norman estaba encima de mí, besándome y acariciándome. De pronto, descubrí al monstruo. Estaba muy cerca de nosotros, observándonos con sus ojos de tiburón. Intenté gritar, para que Norman se diera cuenta del peligro que corríamos, pero no pude. El terror me había dejado muda y paralizada. Cuando Norman descubrió al monstruo, ya era tarde. Le atacó con la rapidez del rayo, y lo hizo pedazos con sus temibles garras. Y yo lo presencié. ¡Lo vi todo, Burt! ¡Vi cómo ese escalofriante ser desgarraba la garganta de Norman, su pecho, su vientre, sus muslos!

—¡Por favor, Ursula! — suplicó Simmons, al ver que volvían las convulsiones.

—¡Lo despedazó ante mis ojos! ¡Norman no pudo defenderse! ¡Todo su cuerpo estaba bañado de sangre! ¡Fue horrible, horrible, horri…!

Ursula Morris no pudo seguir hablando, porque sufrió un nuevo desmayo y quedó como muerta entre los brazos de Burt Simmons.

Este, tras unos segundos de silencio, soltó con suavidad a Ursula y murmuró:

—Se ha desvanecido otra vez.

Kenyon Waddell, Fedra Bloom y Esther Collins se miraron entre sí.

Los tres estaban deseando hacer la misma pregunta, pero ninguno se atrevía. Finalmente, fue Kenyon quién la hizo:

—¿Será verdad lo del monstruo, Burt?

—No lo sé.

—Quizás se trataba de un hombre disfrazado de monstruo, para aterrorizar con su aspecto y poder sorprender a Norman y Ursula más fácilmente. Sabido es que el terror deja paralizadas a las personas. Durante unos segundos, al menos.

—Sí, es cierto.

—Pero las heridas de Norman… — intervino Esther.

—Debió causárselas con algún tipo de arma muy especial — repuso el rubio, que parecía querer aferrarse a la idea de que el asesino era un hombre disfrazado de monstruo marino.

—Tal vez — murmuró Burt.

—Ursula dijo que se las causó con sus terribles garras — recordó la pelirroja Fedra.

—Y seguramente fue así — admitió Kenyon—. Con unas garras artificiales, dotadas de largas uñas de acero.

—Bien, sea como fuere, el caso es que Norman está muerto — habló Esther —. Horriblemente muerto. Y, si Ursula no siguió su misma suerte, se debió a que gritó y nosotros subimos corriendo a cubierta, lo cual obligó a huir al… Bueno, a lo que fuera. Debemos irnos, Kenyon. Ahora mismo.

—¿Sin vengar la muerte de Norman?

—¿Eso le devolvería a la vida, Kenyon?

—Ya sé que no, pero…

—Si nos quedamos, alguno de nosotros puede sufrir la misma horrible muerte que Norman. ¿Crees que vale la pena arriesgarse, Kenyon?

Waddell miró a Simmons.

—¿Qué dices tú, Burt? ¿Opinas, como Esther, que debemos marcharnos sin darle su merecido al canalla que asesinó de esa forma tan brutal y despiadada a Norman? ¿Con la duda de si se trata de un hombre disfrazado de monstruo, o de un monstruo verdadero?

Simmons vaciló.

Waddell añadió:

—Tenemos armas, Burt. A nosotros no podrá sorprendernos tan fácilmente como a Norman. Cuando lo intente, acabaremos con él. Tú le meterás varias balas en el cuerpo y yo le clavaré el arpón de mi fusil de pesca submarina. Monstruo, u hombre disfrazado de monstruo, no podrá asesinar a nadie más.

Burt Simmons dio una cabezada de asentimiento.

—Estoy de acuerdo contigo, Kenyon. La muerte de Norman clama venganza, y nosotros nos encargaremos de llevarla a cabo. Sin embargo, creo que no debemos arriesgar las vidas de Esther, Fedra y Ursula. Volvamos a San Francisco. Las dejamos allí, y regresaremos. Tú y yo solos. El asesino, sea hombre o monstruo, seguirá aquí, en la bahía. Y nosotros le daremos caza.

—¡No seáis locos, Burt! — opinó Fedra —. ¡Informad a la policía de San Francisco, cuando lleguemos, y que ellos se encarguen de atrapar al asesino de Norman!

—No, seremos nosotros quienes le demos su merecido — rezongó Kenyon Waddell —. ¿Verdad, Burt?

—Sí, Kenyon. Norman era nuestro amigo. Un estupendo amigo. Nosotros le vengaremos.

Esther y Fedra insistieron en que no debían volver a la bahía, pero fue inútil. Burt y Kenyon ya lo habían decidido, y nada ni nadie les haría cambiar de idea.

—Iza el ancla y larguémonos, Kenyon — indicó Simmons.

—Sí, en seguida. Toma la pistola, Burt. Yo me quedo con el fusil de pesca submarina. No creo que el asesino intente impedir que nos marchemos, pero si se deja ver…

—Estaré alerta — repuso Simmons, y empuñó el revólver del rubio.

Kenyon se introdujo en la cabina de mandos y accionó el que hacía subir el ancla. Después, puso el motor en marcha.

Lo intentó, al menos.

Y de forma repetida.

Fue inútil.

El motor se negaba a funcionar.

Burt Simmons, advirtiendo que algo raro sucedía, se acercó a la cabina de mandos.

—¿Qué diablos ocurre, Kenyon?

—Las hélices del motor no giran, Burt.

—¿Por qué motivo?

—Eso quisiera saber yo. Parecen atascadas. Como si algo les impidiese girar.

Simmons apretó las mandíbulas.

—Maldito… — masculló.

Waddell respingó ligeramente.

—¿Estás pensando en…?

—Sí, en él estoy pensando — asintió Simmons.

—¿De verdad piensas, que ha sido cosa suya, Burt?

—Estoy seguro, Kenyon. El asesino atascó las hélices, para que no puedan girar. No quiere que nos marchemos. Por lo visto, tiene planeado acabar con todos nosotros.

—¡Maldito hijo de perra! — barbotó Waddell.

—No pierdas la calma, Kenyon. Desatascaremos las hélices y abandonaremos la bahía.

—De noche, imposible. Tendremos que esperar a que amanezca.

—Bueno, pues esperaremos. Despiertos y con las armas empuñadas. Si el asesino se atreve a subir de nuevo a bordo, le daremos un recibimiento que no se espera.

—Bien dicho, Burt — sonrió Kenyon, y salió de la cubierta, nuevamente con el fusil de pesca submarina en las manos.

CAPITULO VIII

A Esther Collins y Fedra Bloom no les hizo ninguna gracia tener que quedarse en la bahía, pero, como no había más remedio, tuvieron que aceptarlo.

Burt Simmons y Kenyon Waddell vigilaban atentamente, paseando el primero a lo largo de la banda de babor, y el segundo a lo largo de la banda de estribor.

Esther y Fedra se sentaron sobre la cubierta, muy cerca de Ursula Morris, que continuaba inconsciente.

No hicieron nada por despertarla.

Cuanto más tardase en volver en sí, mejor.

Los minutos fueron pasando, aunque más lentamente de lo que sería de desear, dadas las circunstancias.

Nada sucedía.

El monstruo de la bahía no se dejaba ver.

Pero Burt y Kenyon no se confiaban.

Sabían que podía surgir en cualquier instante, y debían estar preparados para darle adecuada réplica.

Una hora después de haber sufrido el segundo desvanecimiento de la noche, Ursula Morris recobraba el sentido.

Apenas despegar los párpados, el rostro de la morena, muy pálido, reflejó un pánico intenso.

Esther y Fedra, adivinando que Ursula iba a gritar, se apresuraron a cogerle las manos y se las apretaron con calor.

—No te asustes, Ursula — le sonrió Esther —. Todo está tranquilo, no hay nada que temer.

—Burt y Kenyon vigilan — dijo Fedra—. Si el asesino vuelve, acabarán con él.

Ursula las miró a las dos y sus manos apretaron a su vez las de ellas.

—Debemos irnos de aquí. ¡En seguida!

—Es lo que todos queremos, Ursula. Pero ha surgido un problema — informó Esther.

—¿Cuál?

—Las hélices del motor están atascadas, y no giran.

La morena se estremeció.

—¡El monstruo las atascó, para que no podamos salir de la bahía!

—No lo creo, Ursula — dijo Fedra, aunque vaya si lo creía.

—¡Quiere asesinarnos a todos! ¡Es una bestia sanguinaria!

—Por favor, Ursula, no te excites — rogó Esther —. En cuanto amanezca, Kenyon se pondrá su equipo de buceo y desatascará las hélices.

—¡Que no lo intente! ¡Si se sumerge, el monstruo le atacará y lo hará pedazos!

Ahora fueron Esther y Fedra las que se estremecieron.

En realidad, ellas ya habían pensado en eso.

Allí arriba, en la cubierta del barco, sería difícil que el asesino les sorprendiera, porque Burt y Kenyon vigilaban permanentemente y estaban armados.

Pero, si Kenyon se lanzaba al agua…

Y el caso es que no tendría más remedio que lanzarse.

Si no se sumergía y desatascaba las hélices, el Mary Ann no podría salir de la bahía.

Burt y Kenyon, al oír hablar a Ursula, se acercaron a ella, aunque sin abandonar la vigilancia.

—¿Cómo te sientes, Ursula? — preguntó Simmons.

—Aterrorizada.

—Tranquilízate. Por la mañana, abandonaremos la bahía —dijo Waddell.

—No lo intentes, Kenyon.

—¿Qué?

—Si bajas a desatascar las hélices, el monstruo acabará contigo.

—Si se me acerca, le atravesaré el pecho con este arpón — el rubio alzó el fusil de pesca submarina.

—Hazme caso, Kenyon, o te pasará lo mismo que al pobre Norman.

—Tendré cuidado, Ursula, te lo prometo — repuso Waddell.

Ursula Morris no insistió.

En el fondo, también ella comprendía que Kenyon tenía que realizar necesariamente una inmersión.

Era preciso desatascar las hélices.

Burt y Kenyon no podrían vigilar siempre.

Tendrían que descansar, tendrían que dormir.

Y el monstruo de la bahía podría aprovechar ese momento para atacar de nuevo y …

Sólo de pensarlo, a Ursula Morris se le puso la carne de gallina.

* * *

Las primeras luces del alba comenzaron a iluminar la bahía.

Pronto saldría el sol.

Burt Simmons y Kenyon Waddell, en cuyos rostros se apreciaban claras huellas de cansancio, porque habían estado de vigilancia toda la noche, sin pegar ojo, se aproximaron a Esther Collins, Fedra Bloom y Ursula Morris.

También ellas habían pasado la noche en vela.

El miedo les impidió dormir siquiera unas horas.

—Ha llegado el momento — dijo Kenyon —. Voy por mi equipo de buceo.

—¿Quieres que me sumerja contigo? — sugirió Burt —. Así, mientras tú desatascas las hélices, yo vigilaré.

—¿Y quién cuidará de las chicas? El asesino podría subir a bordo, aprovechando que tú y yo estamos bajo el agua.

—Tienes razón, no había pensado en eso — rezongó Simmons.

Waddell le oprimió el hombro.

—Debes quedarte a bordo, Burt, dando protección a Esther, Fedra y Ursula. Y no temáis, todo saldrá bien.

—Seguro que sí — sonrió levemente Simmons.

Kenyon Waddell fue en busca de su equipo de inmersión.

* * *

El sol había salido ya, radiante y luminoso.

Kenyon Waddell se encontraba de nuevo en cubierta, totalmente equipado. Sujeto a su pierna derecha llevaba un cuchillo.

—Bien, vamos allá — dijo, antes de ajustarse la máscara de buceo y meterse la boquilla a través de la cual llevaría a sus pulmones el aire comprimido que almacenaba la botella que llevaba sujeta a su espalda.

—Suerte, Kenyon — deseó Burt Simmons, entregándole el fusil de pesca submarina.

—Y ten mucho cuidado, por favor — suplicó Fedra Bloom, tan preocupada como Esther Collins y Ursula Morris.

El rubio les sonrió a los cuatro con los ojos y luego se lanzó al mar.

Burt, Esther, Fedra y Ursula, asomados a la borda, lo vieron desaparecer bajo las azules aguas.

Y comenzó la angustia.

Una angustia que se acentuaría a medida que los minutos fuesen transcurriendo, y que no cesaría hasta que Kenyon Waddell se hallase de nuevo a bordo, sano y salvo.

Si el monstruo de la bahía no se lo impedía, claro.

* * *

Kenyon Waddell, con los ojos bien abiertos, escudriñando las limpias aguas en todas direcciones, buceó hacia la popa del barco.

Observó las hélices del barco.

Estaban, efectivamente, atascadas.

Pero que muy atascadas.

Y no por casualidad.

Saltaba a la vista que alguien había enrollado un buen número de plantas marinas a las hélices, bloqueándolas totalmente.

El monstruo de la bahía, sin lugar a dudas.

Kenyon Waddell maldijo a la bestia marina con el pensamiento, porque adivinaba que le iba a costar bastante arrancar todas aquellas plantas de las hélices.

Pero, como maldiciendo no adelantaba nada, el rubio puso manos a la obra.

Manos, que no ojos.

Los ojos los necesitaba para vigilar las aguas, y descubrir al asesino de Norman Heflin con tiempo suficiente para poder hacerle frente, caso de que apareciese.

Y, por desgracia, apareció.

Sucedió apenas cinco minutos después de que Kenyon Waddell empezara a desatascar las hélices.

El rubio respingó bajo el agua al descubrir al horroroso ser y se volvió rápidamente hacia él.

Le apuntó con su fusil de pesca submarina, pero no disparó.

El monstruo marino se hallaba demasiado distanciado, y Kenyon temía fallar.

El rubio lo observó a través de su máscara de buceo, con ojos agrandados, porque el terrorífico aspecto de aquel engendro del mar impresionaba terriblemente.

Kenyon ya no tenía ninguna duda de que se trataba de un monstruo verdadero, no de un hombre disfrazado de tal.

Un monstruo, sin embargo, tan inteligente o más que un ser humano.

Lo había demostrado atascando las hélices, para que el Mary Ann no

pudiese abandonar la bahía.

Y lo estaba demostrando de nuevo, manteniéndose a prudente distancia de Kenyon Waddell, para que éste no pudiese alcanzarle con su arpón.

Kenyon, haciendo gala de un valor envidiable, se lanzó hacia el monstruo y, cuando estuvo seguro de no errar el disparo, accionó el gatillo de su fusil.

El arpón partió, veloz, en busca del cuerpo del horripilante ser, pero éste, en un alarde de reflejos y agilidad, se desplazó hacia su derecha y burló el arpón, que ni siquiera llegó a rozarle la piel.

Kenyon Waddell maldijo de nuevo con el pensamiento.

Consciente de que el monstruo no le permitiría recoger el hilo y colocar nuevamente el arpón, Kenyon soltó el fusil y extrajo el cuchillo que llevaba en la pierna.

Hizo bien, pues el horrible ser nadaba ya hacia él con vertiginosa rapidez.

Kenyon lo esperó valientemente y, cuando lo tuvo a su alcance, le tiró una cuchillada.

El monstruo, poniendo nuevamente de manifiesto su extraordinaria movilidad, realizó una pirueta en el agua y esquivó la hoja de acero.

Kenyon se dispuso a lanzarle otra cuchillada, pero el espeluznante ser contraatacó de forma relampagueante y desgarró el hombro izquierdo del rubio con su garra de acero.

La sangre brotó instantáneamente, tiñendo las aguas de oscuro.

Kenyon Waddell sintió un terrible dolor en el hombro, pero lo resistió y atacó de nuevo al monstruo con su cuchillo.

Entretanto, desde la popa del barco, Burt, Esther, Fedra y Ursula habían captado ya el revoltijo de las aguas producido por la feroz lucha a muerte que sostenía Kenyon con el monstruo de la bahía.

—¡Algo sucede ahí abajo, Burt! — gritó Esther.

—¡Debe de ser el monstruo! — chilló Ursula.

—¡Ha atacado a Kenyon! — exclamó Fedra.

En ese preciso instante, la sangre de Kenyon Waddell llegó a la superficie.

Burt Simmons no lo dudó más.

Sospechaba que su amigo estaba en grave peligro y decidió acudir en su ayuda. Tal vez, entre los dos, pudieran acabar con el monstruo asesino.

—¡Toma la pistola, Esther! — dijo, entregándole el arma.

—¿Qué vas a hacer, Burt…?

—¡Ayudar a Kenyon!

—¡El monstruo te matará a ti también, Burt! — chilló Ursula.

Simmons tomó el cuchillo que llevaba en un lado del bañador, se lo puso entre los dientes, y se arrojó de cabeza al agua.

CAPITULO IX

Burt Simmons no tardó en encontrar a Kenyon Waddell, luchando a brazo partido con el monstruo de la bahía.

El rubio, pese a su bravura, llevaba claramente las de perder en su enfrentamiento con la bestia marina, cuya fortaleza física era algo sobrenatural.

Kenyon pugnaba desesperadamente por hundirle el cuchillo en alguna parte del cuerpo, pero el monstruo le había aferrado la muñeca y no permitía que la hoja de acero se incrustase en su carne.

El rubio, por su parte, sujetaba el brazo derecho del espantoso ser con su mano izquierda, para que éste no le causase nuevas heridas con su temible garra.

Ya le había causado varias, aunque la más importante, y también la más dolorosa, era la de su hombro, que restaba fuerzas al brazo izquierdo de Kenyon.

Burt Simmons, que había llenado sus pulmones de aire antes de sumergirse en el mar, para poder resistir varios minutos bajo el agua, se quitó el cuchillo de la boca y se lanzó decididamente hacia el monstruo de la bahía.

La bestia sanguinaria descubrió a Burt, y al ver que éste empuñaba un cuchillo, se separó rápidamente de Kenyon y emprendió la huida, nadando con la velocidad de un delfín.

Tardó solo unos segundos en perderse de vista.

Kenyon Waddell quedó flotando entre dos aguas, totalmente agotado por la titánica lucha que había sostenido con el monstruo, y muy debilitado por la pérdida de sangre, realmente importante.

Burt Simmons llegó junto a él y lo sostuvo.

Pensó que Kenyon se había desvanecido, pero comprobó que no era así cuando miró su máscara de buceo. Al otro lado de la misma, los ojos del rubio estaban abiertos.

Bueno, sólo entreabiertos.

No se había desmayado, pero estaba a punto de hacerlo.

Burt volvió a ponerse el cuchillo entre los dientes y ayudó a Kenyon a alcanzar la superficie, sin dejar de mirar en todas direcciones, por si el monstruo volvía.

Pero no fue así.

Burt y Kenyon afloraron a la superficie sin que el horroroso ser les atacara de nuevo.

—¡Ahí están! — exclamó Esther Collins.

—¡Los dos! — dijo Fedra Bloom.

—¡Kenyon está herido! — observó Ursula Morris.

—¡Ve por el botiquín, Fedra! — indicó Esther.

—¡Sí! — respondió la pelirroja, y se disparó.

Burt y Kenyon habían emergido a unos diez metros de la popa del Mary Ann, y ya nadaban hacia el barco. Kenyon, ayudado por Burt, quien prácticamente lo remolcaba.

—¿Habéis matado al monstruo, Burt? — preguntó Esther.

—¡No, escapó!

—¿Son graves las heridas de Kenyon?

—¡Espero que no!

—¡Fedra ha ido por el botiquín!

—¡Bien!

Burt y Kenyon siguieron aproximándose al barco.

Fedra ya tenía el botiquín en sus manos.

Kenyon lo guardaba en el armario del cuarto de aseo.

La pelirroja echó a correr hacia la cubierta.

Justo en el instante en que la alcanzaba, el monstruo de la bahía subía a bordo por la escalerilla de babor.

Al verlo, Fedra dio un chillido de terror y el botiquín saltó de sus manos, cayendo al suelo.

Un segundo después, era ella la que se desplomaba.

Desmayada.

* * *

Al oír gritar a Fedra Bloom, Esther Collins y Ursula Morris se revolvieron, aterrorizadas.

—¡Es Fedra! — exclamó Esther.

—¡Debe de haber visto algo! — pensó la morena.

—¡Corramos, Ursula!

Esther y Ursula alcanzaron la proa del barco.

Y vieron al monstruo de la bahía.

Había cogido en brazos a la desvanecida Fedra.

Ursula también se desmayó, después de lanzar un chillido de pánico.

Y es que la morena sabía mejor que nadie cómo la gastaba el monstruo, porque tuvo la desgracia de verlo en acción, de presenciar cómo despedazaba a Norman Heflin.

Esther quedó paralizada.

No sabía que hacer, si desmayarse también, echar a correr hacia la popa, o lanzarse por la borda.

De pronto, recordó que empuñaba un arma.

Un Colt del 38 repleto de balas.

Lo levantó rápidamente y apuntó al monstruo.

—¡Déjala en el suelo! — ordenó, con una voz que no parecía la suya, porque el terror se la había cambiado —. ¡Deja en el suelo a Fedra o disparo, engendro del infierno!

El monstruo vaciló.

Entendía perfectamente lo que le decía Esther, pero no quería dejar a Fedra. Quería llevársela consigo.

Y se la llevó.

Dio un fantástico salto y él y la pelirroja cayeron por la borda al mar.

Esther, que no había apretado el gatillo antes, por miedo a herir a Fedra — jamás había disparado una pistola, y en buena lógica su puntería debía de dejar mucho que desear — efectuó dos disparos.

No sirvió de nada, pues resultaron tardíos.

El monstruo y Fedra ya estaban cayendo al mar, cuando los proyectiles partieron del revólver.

Esther corrió hacia la borda, con intención de seguir disparando sobre el monstruo.

No tuvo ocasión.

El monstruoso ser y la pelirroja habían desaparecido bajo las aguas.

—¡Fedra! — chilló Esther, desesperada.

En aquel preciso instante, Burt Simmons y Kenyon Waddell subían a bordo por el otro lado, alarmados por los gritos y los disparos.

Descubrieron a Ursula tendida sobre la cubierta desvanecida.

Kenyon se dejó caer, extenuado, pálido, al borde del desmayo.

Esther Collins se volvió hacia ellos.

—¡Burt! — gritó.

—¿Qué ha pasado, Esther?

—¡El monstruo!

—¿Lo habéis visto?

—¡Subió al barco, Burt! ¡Y se ha llevado a Fedra!

—¡Oh, no!

—¡No pude impedirlo, Burt! ¡Le disparé dos veces pero fallé!

—¿Por dónde se fue?

—¡Saltó al mar por este lado!

Burt Simmons corrió hacia la banda opuesta y se asomó por la borda.

—¡Han desaparecido los dos! — rugió, con desesperación.

—¡Fedra se ahogará, Burt! ¡El monstruo puede respirar bajo el agua, pero ella no!

—¡Maldito sea mil veces ese hijo de…!

—¡Fedra! — gritó Kenyon Waddell, esforzándose inútilmente por ponerse en pie —. ¡No dejes que se la lleve, Burt! ¡El monstruo la hará pedazos!

Simmons apretó los puños, impotente, y se volvió hacia Waddell.

—No puedo hacer nada, Kenyon. No hay ni rastro de ellos.

—¡Oh, Dios, Dios! — sollozó el rubio, arañando la cubierta, contra la que aplastó su rostro.

Esther Collins lloró también la desesperación de la pelirroja.

Y casi se alegró de que no pudiera respirar bajo el agua.

Morir ahogada, para ella, sería un mal menor.

Conservar la vida, hallándose en poder de un ser tan perverso y tan monstruoso como el que moraba en aquella bahía, sería lo peor que podía sucederle.

* * *

Burt Simmons dudó entre consolar a Esther Collins o consolar a Kenyon Waddell, y finalmente se decidió por éste último, porque el rubio, además de consuelo, necesitaba atenciones.

Su hombro izquierdo tenía un feo aspecto, desgarrada la carne hasta el mismo hueso por las largas y cortantes uñas del monstruo. Tenía también heridas en el pecho, en ambos costados, en la espalda, en el muslo derecho…

No eran tan profundas como las del hombro, pero precisaban igualmente atención.

Burt recogió el botiquín del suelo y se acercó a Kenyon.

De pronto, se quedó parado.

—¡Fedra! — exclamó, mirando hacia la playa.

—¿Qué? — respingó Kenyon.

—¿Fedra…? — repitió Esther.

—¡El monstruo la ha llevado a la playa! ¡Está tendida sobre la arena!

Esther corrió hacia la otra banda.

—¡Es cierto! ¡Es ella, Kenyon!

—¡Ayúdame a incorporarme, Burt! — pidió Waddell.

Simmons lo hizo y el rubio pudo ver también el cuerpo mojado e inmóvil de Fedra Bloom.

Del monstruo de la bahía, ni rastro.

Después de depositar a la pelirroja en la playa, se había esfumado.

CAPITULO X

—¿Seguirá con vida, Burt? — murmuró Kenyon Waddell.

—Seguro que sí — respondió Burt Simmons —. No ha tenido tiempo de ahogarse. Y no veo que tenga heridas. El monstruo no le ha causado ningún daño.

—¿Por qué se la llevó, entonces? — se preguntó en voz alta Esther Collins.

—El monstruo es un ser terriblemente astuto, Esther — rezongó Simmons —. Sabe que queremos abandonar la bahía, y trata de impedirlo por todos los medios. Ahora se ha llevado a Fedra y la ha depositado en la playa. Espera que alguno de nosotros vaya por ella. Y, cuando lo hagamos, nos atacará. A los que vayamos a la playa, o a los que quedemos en el barco. Eso ya no lo sé.

—¿Qué podemos hacer, pues? — musitó Esther.

—Tenemos que ir por Fedra, desde luego. Pero lo haremos a su debido tiempo. Lo primero es atender a Kenyon.

—No te preocupes por mí, Burt.

—Tienes el hombro destrozado. Y has perdido mucha sangre. Debo curar tus heridas. Y tú debes descansar, Kenyon.

—¿Cómo puedo descansar, sabiendo que Fedra…?

—Fedra está bien, Kenyon. Tú eres el que está mal.

—Sí, me siento muy débil — confesó el rubio —. Te has quedado solo, Burt. Norman está muerto, y yo ni siquiera puedo tenerme en pie. Tendrás que luchar en solitario contra ese horrible y poderoso monstruo.

—No estoy solo, Kenyon. Esther y Ursula están conmigo.

—No podrán ayudarte demasiado. Ursula, en cuanto ve al monstruo, se desmaya. Y Esther…

—Yo no me desmayé, Kenyon — repuso la joven.

—Pero estabas aterrorizada, reconócelo. Por eso fallaste los disparos.

—Fallé porque jamás había tenido una pistola en las manos.

—Está bien, olvídalo.

—Y tú también, Kenyon — dijo Burt —. Cuanto menos hables, mejor. Debes conservar las pocas fuerzas que te quedan.

—Tienes razón.

—Te quitaré el equipo de buceo.

—Sí, me siento muy incómodo con él.

—Te ayudaré, Burt — dijo Esther.

—No, tú debes vigilar, Esther. No quiero que el monstruo nos sorprenda de nuevo.

—Está bien.

* * *

Burt Simmons acabó de curar las heridas de Kenyon Waddell.

La cura, lógicamente, resultó muy dolorosa, y el rubio se desvaneció.

Seguía inconsciente.

Ursula Morris, en cambio, había vuelto en sí.

Esther Collins le explicó lo sucedido.

La morena miró hacia la playa.

—Pobre Fedra… Y pobres de nosotros, también.

—Gracias por darnos ánimos, Ursula — rezongó Simmons.

—Lo siento, Burt. Aunque estoy segura de que, en el fondo, Esther y tú pensáis como yo. El monstruo nos matará a todos. Uno tras otro. No podemos luchar contra él. Es demasiado fuerte y poderoso. Y tampoco podemos abandonar la bahía. Las hélices siguen atascadas. Y, aunque no lo estuvieran, tampoco nos iríamos, porque Fedra no está con nosotros. Está en la playa. Y, entre la playa y el barco, debe de estar el monstruo. Esperando que vayamos a salvar a Fedra. Y hará pedazos al que lo intente.

—Si somos dos, y vamos armados, tal vez no se atreva a atacarnos. Cuando estaba luchando con Kenyon, y aparecí yo, huyó rápidamente

— recordó Simmons.

Ursula Morris miró a Kenyon Waddell.

—Kenyon no puede nadar, Burt. No está en condiciones.

—Ya sé que no. Kenyon se quedará en el barco. Con una de vosotras.

—¿Y la otra…?

—Vendrá conmigo.

Ursula y Esther se miraron, asustadas.

La primera musitó:

—Yo no creo que me atreva a ir a la playa, sabiendo que el monstruo nos está esperando. ¿Y tú, Esther…?

—Bueno, también a mí me causa temor, pero… Burt no puede ir solo a la playa. Y es preciso ir, Ursula. Yo le acompañaré. Y que Dios nos proteja a todos.

Simmons sonrió:

—Gracias, Esther. Eres una chica valiente.

—No, no creo que lo sea. Pero, cuando las circunstancias obligan…

—Entonces es cuando se demuestra el valor.

Esther le devolvió la sonrisa.

—¿Cuándo iremos a salvar a Fedra?

—Tendremos que esperar a que Kenyon se despierte, y esté en condiciones de manejar la pistola, por si se viera obligado a ello. También nos conviene que Fedra esté despierta. No podemos traerla arrastrando hasta el barco. Tiene que alcanzarlo por sí misma, a nado. Tú y yo tenemos que estar pendientes de la posible aparición del monstruo, y debemos tener las manos libres — explicó Simmons.

* * *

Fedra Bloom recobró el conocimiento antes que Kenyon Waddell.

Lo primero que vio, al entreabrir los ojos, fue el azulado cielo, limpio y luminoso. Inmediatamente captó el rumor de las olas, que bañaban suavemente la arena de la playa.

La pelirroja movió la cabeza y miró el mar.

Al descubrir el Mary Ann, anclado en medio de la bahía, dio un respingo.

¿Qué hacía ella en la playa?

¿Por qué no estaba en el barco?

¿Cómo había llegado hasta allí?

Fedra no tuvo respuesta para ninguna de sus preguntas.

Y es que no recordaba nada de lo sucedido.

Su mente estaba en blanco.

Poco a poco, sin embargo, su cerebro comenzó a funcionar, y pudo recordar que Burt Simmons y Kenyon Waddell habían hecho frente al monstruo de la bahía, que Kenyon estaba herido, que Esther Collins le pidió que fuera en busca del botiquín, y que cuando ella volvió a cubierta, con el botiquín, se encontró con la bestia marina.

Al rememorar este último momento, Fedra Bloom dio un grito e incorporó el torso con brusquedad.

Y fue entonces cuando descubrió las huellas del monstruo.

Sus pisadas habían quedado marcadas muy claramente en la arena.

La pelirroja se llenó de terror y todo su cuerpo comenzó a tiritar.

Miró a su alrededor, temiendo ver aparecer al monstruo de un instante a otro.

Desde la cubierta del Mary Ann, Burt, Esther, y Ursula habían visto como Fedra erguía el torso.

—¡Eh, Fedra! — la llamó Simmons, haciendo una especie de megáfono con sus manos.

—¡Burt! — chilló la pelirroja, poniéndose en pie.

—¿Te encuentras bien?

—¡Sí, pero estoy muerta de pánico!

—¡Tranquilízate! ¡Dentro de un momento iremos a por ti!

—¿Qué hago yo aquí sola, en la playa?

—¡El monstruo te depositó ahí!

—¡Oh, cielos! — se estremeció Fedra, y volvió a mirar a su alrededor, cada vez más aterrorizada.

—¡No pierdas la calma, Fedra! — rogó Simmons —. ¡En seguida estaremos contigo y te traeremos al barco!

—¡No quiero quedarme aquí, Burt! ¡El monstruo puede volver en cualquier momento!

—¡Debes quedarte en la playa hasta que vayamos por ti, Fedra!

—¡No!

—¡Hazme caso, por Dios! ¡Ahí no corres peligro!

—¡Quiero reunirme con vosotros en seguida, Burt!

—¡Te lo suplico, Fedra! ¡No te lances al agua, es muy peligroso!

La pelirroja, presa de un pánico indescriptible, desoyó el consejo de Burt Simmons y se metió corriendo en el mar.

—¡No, Fedra! — rugió Burt.

—¡Vuelve a la playa! — gritó Esther.

—¡Retrocede, no seas loca! — chilló Ursula.

Fedra Bloom no hizo ni caso.

Ni siquiera oía lo que sus amigos le decían.

Sólo pensaba en el monstruo.

Y en su posible aparición.

El terror que sentía la hacía nadar con un vigor que la sorprendía a si misma.

Surcaba el agua como una flecha.

Burt, Esther y Ursula, asombrados, dejaron de gritarle.

Fedra ya había recorrido casi la mitad de la distancia que la separaba del Mary Ann.

Y su ritmo no decrecía.

¿Lograría alcanzar el barco?

Burt, Esther y Ursula empezaron a albergar esperanzas de que así fuera.

Súbitamente, Fedra sintió que unas manos de hierro aferraban sus tobillos.

La pelirroja adivinó que se trataba del monstruo de la bahía y lanzó un agudo chillido.

Agudo…, pero breve.

Sí, porque el monstruo tiró de sus tobillos y la obligó a hundirse totalmente en el agua.

CAPITULO XI

Sendos escalofríos estremecieron los cuerpos de Burt Simmons, Esther Collins y Ursula Morris.

—¡Se ha hundido! — gritó Esther.

—¡El monstruo la ha atrapado! — adivinó Ursula.

—¡Sabía que eso iba a suceder! — rugió Burt, dudando entre lanzarse al agua y acudir en ayuda d Fedra, o seguir en el Mary Ann y permitir que el monstruo de la bahía arrastrase nuevamente a la pelirroja hasta la playa.

Por su gusto, Burt Simmons haría lo primero.

Sin embargo, le asustaba dejar solas en el barco a Esther y Ursula.

Kenyon Waddell seguía inconsciente, y de momento no se podía contar con él para nada.

Si el monstruo soltaba a Fedra y nadaba hacia el Mary Ann, una vez Burt Simmons se hubiese lanzado al mar, para ayudar a la pelirroja, podría sorprender a Esther y Ursula y acabar con ellas y con el indefenso Kenyon.

No, Burt no podía arriesgarse a que eso sucediera.

Por otra parte, el peligro que corría Fedra era relativo.

Estaba en poder del monstruo, sí, pero él no quería matarla.

Por el momento, al menos.

La necesitaba viva, para utilizarla de cebo.

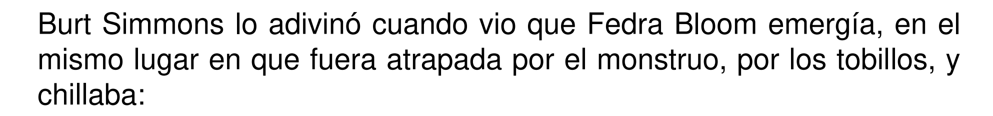
Burt estaba seguro de que el monstruo depositaría nuevamente a Fedra en la playa, y luego esperaría a que fuesen por ella.

Pronto, sin embargo, se convenció de que no iba a ser así.

El monstruo había cambiado de planes.

Ya no quería esperar a que fuesen a la playa a rescatar a la pelirroja.

¡Quería que fuesen por ella en seguida!


Burt Simmons lo adivinó cuando vio que Fedra Bloom emergía, en el mismo lugar en que fuera atrapada por el monstruo, por los tobillos, y chillaba:

—¡Socorro…! ¡Ayudadme, Burt…! ¡El monstruo me tiene cogida por las pier…!

No pudo completar la frase, porque el monstruo de la bahía tiró nuevamente de los tobillos de la pelirroja y ésta se hundió otra vez.

—¡La quiere ahogar! — chilló Esther Collins, horrorizada.

—¡No, no quiere eso! — rechazó Burt—. ¡Si quisiera ahogarla, no le hubiera permitido emerger un instante y llenar sus pulmones de aire!

—¿Qué es lo que pretende, entonces? — se preguntó Ursula Morris.

—¡Que acudamos en su ayuda! ¡Eso es lo que quiere, el muy hijo de Satanás!

Y, como confirmación a las palabras de Burt Simmons, el monstruo permitió a Fedra Bloom emerger de nuevo.

La pelirroja braceó como loca, aunque no avanzó ni un palmo, pues el monstruo la seguía teniendo bien cogida por los tobillos, y de nada servía que ella agitara las piernas.

Era imposible librarse de las férreas garras de la bestia marina.

—¡Auxilio…! — chilló Fedra —. ¡Ayuda…!

El monstruo dio un nuevo tirón y la pelirroja desapareció bajo las aguas.

Burt Simmons se mordía los puños de rabia.

—¡No puedo verla sufrir de esa manera! ¡No puedo, no puedo! ¡Tengo que ayudarla!

—¡El monstruo te matará, Burt! — advirtió Ursula.

—¡No me importa!

Simmons se colocó con rapidez el equipo de buceo de Kenyon Waddell.

—¡Voy contigo, Burt! — dijo Esther, y se dispuso a colocarse el otro equipo de buceo que minutos antes subiera Simmons a cubierta, junto

con un par de fusiles de pesca submarina.

Kenyon Waddell los tenía de reserva, por si el suyo particular se averiaba.

—¡Prefiero que te quedes, Esther!

—¡Quedamos en que te acompañaría, Burt!

—¡Pero es que Kenyon sigue inconsciente! ¡Y no quiero que Ursula se quede sola a bordo!

—¡Me moriría de terror! — gimió la morena, temblando como un flan.

Esther no insistió.

Comprendía que no debían dejar sola a Ursula.

Afortunadamente, Kenyon Waddell se despertó en aquel preciso momento.

Los gritos le habían ayudado a volver en sí.

—¿Qué sucede, Burt…?

—¡Kenyon! — exclamó Simmons —. ¡Gracias a Dios que te has despertado!

—¡Ahora si puedo ir contigo, Burt! — dijo Esther.

—¿Adonde? — preguntó el rubio.

—¡A salvar a Fedra! ¡El monstruo la tiene atrapada!

—¿Qué? — exclamó Waddell, quien, olvidándose de sus heridas y de su debilidad, se puso en pie y miró por la borda.

Justo en aquel instante, el monstruo permitía una vez más emerger a Fedra Bloom.

—¡Fedra! — rugió el rubio.

—¡Socorro, Kenyon…! ¡Ayudadme, os lo suplico! — chilló la pelirroja, desfallecida de tanto bracear y agitar las piernas inútilmente.

Después, desapareció de nuevo, arrastrada por el monstruo.

—¡Maldito! — barbotó Waddell, apretando con rabia la borda.

Burt Simmons y Esther Collins ya estaban totalmente equipados.

—¡Toma la pistola, Kenyon! — dijo Burt —. ¡No sabemos si el monstruo nos atacará a nosotros o a vosotros!

—¡Ojalá suba a bordo! — deseó el rubio—. ¡Lo dejaré seco a tiros!

—¡Vamos, Esther!

—¡Suerte, muchachos! — exclamó Ursula Morris.

Burt y Esther se lanzaron al agua y nadaron rápidamente hacia el lugar en donde Fedra había sido atrapada por el monstruo de la bahía.

Los dos llevaban preparados los fusiles de pesca submarina.

También llevaban cuchillos.

Nadaban a unos tres metros de profundidad.

Pronto descubrieron al horrendo monstruo, reteniendo a Fedra Bloom por los tobillos.

Una Fedra Bloom que ya no podía más.

Su resistencia física había llegado al límite.

Se moría de agotamiento.

El monstruo descubrió a su vez a Burt y Esther.

Antes, incluso que éstos a él.

El alcance visual de sus enormes ojos era muy superior.

Bajo el agua, al menos.

No en vano se trataba de un ser marino.

Al captar la aproximación de Burt y Esther, el monstruo soltó los tobillos de Fedra.

Ya no la necesitaba para nada.

Y, por eso precisamente, porque no necesitaba para nada a la desfallecida pelirroja, dio rienda suelta a sus sanguinarios instintos y comenzó a destrozarla con sus garras.

Burt Simmons y Esther Collins, horrorizados, presenciaron como la

sangre escapaba a chorros de las profundas heridas que el monstruo le estaba causando a Fedra Bloom.

Y nada pudieron hacer por ella.

El monstruo se encontraba todavía fuera del alcance de sus arpones.

Para colmo, la sangre que brotaba del cuerpo de Fedra, formó rápidamente una especie de nube oscura, que la envolvió a ella y envolvió también a la bestia asesina.

Burt y Esther nadaron más velozmente aún, si cabe, pero, cuando llegaron al lugar del espantoso suceso, sólo encontraron el cuerpo despedazado de Fedra Bloom, flotando macabramente entre dos aguas.

El monstruo había huído.

CAPITULO XII

Kenyon Waddell y Ursula Morris, que no apartaban los ojos del lugar en donde Fedra Bloom había estado emergiendo y sumergiéndose a capricho del monstruo de la bahía, vieron cómo, de pronto, el agua se tornaba oscura, y se temieron lo peor.

—¡Es sangre, Kenyon! — gritó la morena.

—¡Ojalá sea la del monstruo! — deseó el rubio.

—¡No puede ser suya! ¡Si el monstruo estuviera herido, habría soltado a Fedra! ¡Y Fedra hace rato que no aparece!

—¡Oh, Dios, esta situación es insoportable! ¡Daría mi brazo derecho con tal de estar ahí abajo, luchando con esa horrible bestia marina! ¡Así, al menos, sabría lo que está pasando!

—¡Señor, protégelos a todos! — pidió fervorosamente Ursula, cerrando un instante los ojos.

Kenyon Waddell dio un respingo.

—¡Mira, Ursula!

La morena abrió los ojos de golpe.

—¡Son Burt y Esther! ¡Y sostienen a Fedra!

En efecto, Burt Simmons y Esther Collins habían aflorado a la superficie, llevando consigo a la infortunada Fedra Bloom.

—¡Burt…! ¡Esther! — los llamó Kenyon, agitando la mano derecha, con la que empuñaba el revólver.

Simmons se sacó la boquilla por la que aspiraba aire comprimido para poder hablar.

—¡Tened cuidado, Kenyon! ¡El monstruo ha huido! ¡Puede que vaya por vosotros! — advirtió.

—¡Cielos, no! — empezó a temblar Ursula Morris.

—¿Cómo está Fedra, Burt? — preguntó Waddell.

—¡Llegamos tarde, Kenyon! ¡Ha muerto! ¡El monstruo la atacó ferozmente!

El rubio cerró apretando los ojos.

—¡Oh, no, no…! — rugió, sintiendo unas dolorosas punzadas en el corazón, encogido de pena y sufrimiento.

—¡Era su sangre, Kenyon! — dijo Ursula —. ¡La sangre de Fedra!

Waddell abrió los ojos de nuevo.

—¡Maldito sea una y mil veces ese engendro de Lucifer! ¡Lo mataré, juro que lo mataré! ¡Tengo que acabar con él, aunque sea lo último que haga en esta vida!

—¡Vigila, Kenyon! — insistió Burt —. ¡Esther y yo vamos para ahí?

Mientras Burt Simmons hablaba con Kenyon Waddell, Esther Collins metía y después sacaba constantemente la cabeza en el agua, por si el monstruo se decidía a atacarles.

Pero el escalofriante ser debía de tener otros planes, ya que no se dejaba ver.

Burt y Esther nadaron hacia el Mary Ann, arrastrando consigo el cadáver de Fedra.

Kenyon Waddell se volvió y, caminando con dificultad, porque sentía las piernas muy débiles, alcanzó la banda opuesta del barco, si el monstruo se decidía a subir a bordo, lo haría por ese lado, para no ser descubierto por Burt y Esther.

Fatalmente, el monstruo había subido ya al Mary Ann, mientras Kenyon hablaba con Burt.

Lo hizo tan silenciosamente, que Kenyon y Ursula no lo oyeron trepar por la escalerilla metálica.

El monstro, en cuanto Kenyon alcanzó esa banda del barco, soltó un espantoso rugido y le atacó fieramente.

El rubio, aunque lo descubrió tarde, aún tuvo tiempo de apretar el gatillo de su arma.

La bala se incrustó en el costado derecho del monstruo, haciendo brotar la sangre de forma instantánea.

Una sangre muy espesa y oscura, que resbaló rápidamente por la grisácea y dura piel de la bestia marina.

El disparo, sin embargo, no frenó el ataque del monstruo, y su garra derecha cayó sobre el cuello de Kenyon Waddell, causándole unas heridas atroces.

Kenyon cayó al suelo, mientras la sangre que fluía de su destrozada garganta le bañaba todo el pecho.

Ursula Morris se puso a chillar como una posesa.

Burt Simmons y Esther Collins no podían ver al monstruo, pero adivinaban que había subido al barco por el otro lado y que estaba atacando a Kenyon.

Los chillidos de Ursula, y el disparo efectuado por Kenyon, lo confirmaban.

—¡Hazte cargo tú del cadáver de Fedra, Esther! — rugió Burt — ¡Kenyon me necesita!

—¡Corre, Burt, corre! — chilló Esther.

Burt Simmons se lanzó como un tiburón hacia el Mary Ann.

No era mucha ya la distancia que le separaba de él.

La salvaría en unos segundos.

Entretanto, en la cubierta del barco, el drama continuaba.

Desde el suelo, y pese al brutal desgarro de su garganta, Kenyon Waddell aún tuvo fuerzas para apuntar al monstruo con su pistola, pero no pudo accionar de nuevo el gatillo, porque la bestia sanguinaria cayó sobre él y le soltó un par de zarpazos, destrozándole el brazo derecho y parte del torax.

Kenyon perdió la pistola.

Y la vida, casi.

Dos nuevos zarpazos, más brutales aún, si cabe, que los anteriores, pusieron fin a su existencia.

El monstruo, adivinado que su víctima ya tenía suficiente, se irguió de un salto y se volvió hacia Ursula Morris, lanzando otro escalofriante rugido.

La morena pensó que el horroroso ser iba a destrozarla también con sus garras y, presa del terror, saltó por la borda y cayó al mar.

Justo en el instante en que Ursula se lanzaba al mar, Burt Simmons alcanzaba el Mary Ann. Sin perder un solo segundo, subió la escalerilla y ganó la cubierta.

Vio al monstruo.

Y a Kenyon Waddell, con el cuerpo destrozado y cubierto de sangre.

—¡Toma, bestia asesina! — rugió Burt, y disparó su fusil de pesca submarina.

El monstruo, pese a la herida del costado, dio un increíble salto y se arrojó al mar por la borda, burlando así el arpón, que sólo traspasó la atmosfera.

Burt Simmons escupió una maldición, al comprobar que había fallado el disparo, y dejó caer el fusil sobre la cubierta.

Un instante despúes, tenía en su mano la pistola de Kenyon.

Se asomó por la borda, dispuesto a disparar sobre el monstruo, pero éste se había sumergido, desapareciendo totalmente bajo las aguas.

Y, como Esther y Ursula también se encontraban en el mar, estaban ahora en peligro.

Burt volvió rápidamente sobre sus pasos y saltó al mar por la borda opuesta, después de dejar caer la pistola y empuñar el cuchillo que llevaba sujeto a la pierna.

Ursula se mantenía a flote, muy cerca del barco.

Esther también estaba a punto de alcanzar el Mary Ann, con el cadáver de Fedra.

Burt se sumergió un instante, para ver si descubría al monstruo.

Por suerte, no fue así.

La bestia marina se había largado, satisfecha, al parecer, de haber acabado con Fedra Bloom y Kenyon Waddell.

Satisfecha, por el momento, claro.

Había matado ya a tres de las seis personas que viajaban en el Mary

Ann, pero no le bastaba con ello.

Quería matarlos a todos.

Y la bala que llevaba incrustada en el costado, no se lo impediría.

CAPITULO XIII

—¡Subid al barco, de prisa! — indicó Burt Simmons.

—¡No! — chilló Ursula Morris —. ¡El monstruo está en cubierta!

—¡Ya no está, se arrojó al mar!

—¡Al mar! — repitió la morena, aterrorizada, y se dio mucha prisa en alcanzar la escalerilla y trepar por ella.

—¡Yo me haré cargo del cuerpo de Fedra, Esther! — dijo Burt.

Esther Collins subió también al barco.

Después, lo hizo Burt Simmons, cargado con el cadáver de Fedra Bloom.

Lo depositó junto al cuerpo sin vida de Kenyon Waddell y los cubrió los dos con una toalla.

Esther y Ursula, estremecidas, lloraban silenciosamente.

Burt, cuyo rostro parecía ahora una máscara de granito, recogió la pistola y el fusil de pesca submarina, cuyo arpón recogió en silencio y colocó nuevamente en el arma, dejándola cargada.

Luego, echó un vistazo al tambor del revólver, comprobando que aún quedaban tres balas en él.

Miró a Esther y Ursula.

—Sé cómo os sentís, porque yo me siento igual. Primero fue Norman. Ahora han sido Fedra y Kenyon. Los tres están muertos. Y tuvieron una muerte espantosa, llena de horror y de sufrimiento. Ese maldito monstruo nos ha ganado la partida hasta este momento, gracias a su astucia y a su poderío físico. Pero ahora está herido. Kenyon le alojó una bala en el costado, vi perfectamente el orificio causado por el proyectil, y cómo escapaba la sangre por allí. Puede que la herida no sea grave, pero la pérdida de sangre, forzosamente, minará la resistencia de esa bestia criminal. Y tenemos que aprovecharnos de ello. Nosotros tres estamos ilesos y disponemos de dos fusiles de pesca submarina y de una pistola con tres balas, además de varios cuchillos. Podemos acabar con el monstruo. Y acabaremos.

Esther Collins y Ursula Morris no hicieron ningún comentario.

Y es que, a pesar de que el monstruo de la bahía estaba herido, veían muy difícil acabar con él.

Era tan astuto…

Y tan poderoso…

* * *

Burt Simmons y Esther Collins se habían despojado ya de los equipos de buceo, para poder moverse con mayor comodidad por la cubierta del Mary Ann, mientras vigilaban, empuñando los fusiles de pesca submarina.

Burt, además, llevaba el revólver de Kenyon en el bañador, así como un cuchillo.

En un principio, pensó entregarle la pistola a Ursula Morris, pero pronto desecho la idea. La morena, en cuanto apareciese el monstruo, se llenaría de terror y lo más probable es que ni siquiera hiciese uso del arma.

Y, aunque llegase a disparar, Burt dudaba mucho de que lo hiciese con eficacia.

Por eso optó por quedarse con el revólver.

Sólo quedaban tres balas, y no debían desaprovecharlas.

Burt prefirió entregar a Ursula un cuchillo.

Por entregarle algo.

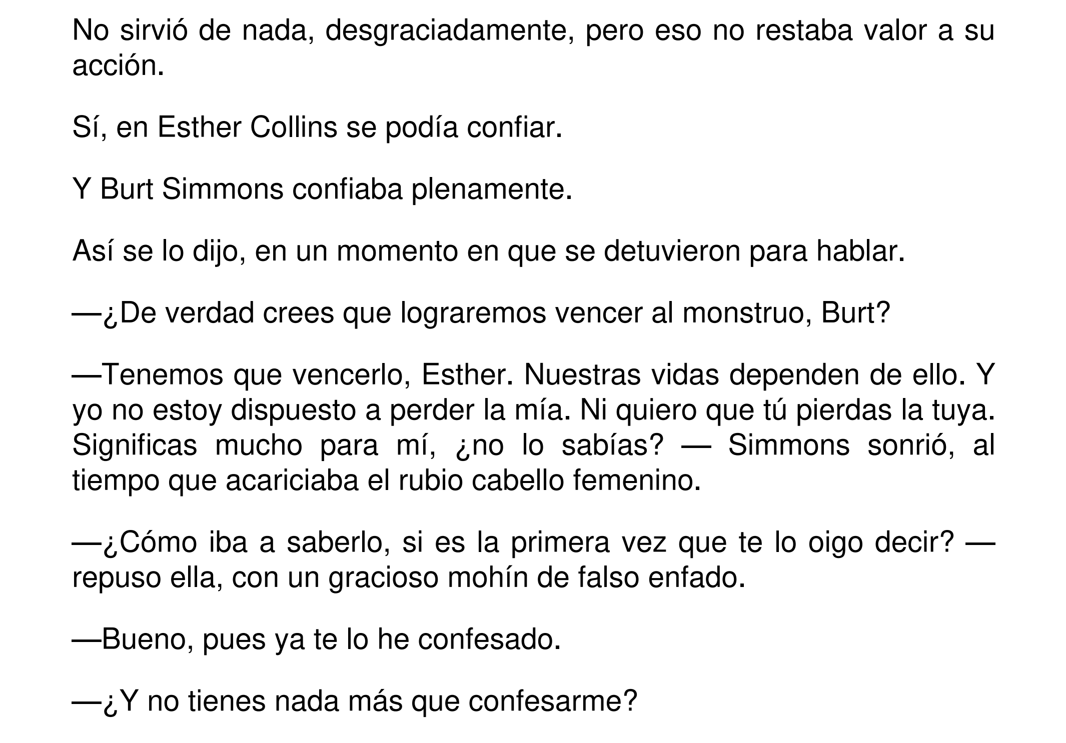
Burt sabía que la morena no se atrevería a hacer frente al mostruo, llegado el caso, pero…

Esther era más valiente.

Temía al monstruo, claro, pero se enfrentaría a él.

De hecho, ya se enfrentó una vez, cuando la bestia marina tenía en sus brazos a Fedra Bloom. Y, aunque errara los disparos, tuvo el valor de apretar el gatillo por dos veces.

Tampoco dudó en acudir en ayuda de la pelirroja, cuando el monstruo la tenía atrapada por los tobillos, y la obligaba a sumergirse.



No sirvió de nada, desgraciadamente, pero eso no restaba valor a su acción.

Sí, en Esther Collins se podía confiar.

Y Burt Simmons confiaba plenamente.

Así se lo dijo, en un momento en que se detuvieron para hablar.

—¿De verdad crees que lograremos vencer al monstruo, Burt?

—Tenemos que vencerlo, Esther. Nuestras vidas dependen de ello. Y yo no estoy dispuesto a perder la mía. Ni quiero que tú pierdas la tuya. Significas mucho para mí, ¿no lo sabías? — Simmons sonrió, al tiempo que acariciaba el rubio cabello femenino.

—¿Cómo iba a saberlo, si es la primera vez que te lo oigo decir? —repuso ella, con un gracioso mohín de falso enfado.

—Bueno, pues ya te lo he confesado.

—¿Y no tienes nada más que confesarme?

—Sí, un par de cosas.

—¿La primera…?

—Que te amo, Esther.

—¿Y la segunda…?

—Que quiero casarme contigo.

—¿Casarte, tú…?

—Sí, eso he dicho.

—Debes haberte vuelto loco.

—Estoy más cuerdo que nunca, puedes creerme.

—Tú estás en contra del matrimonio, Burt.

—Lo estaba, pero ya no lo estoy. Iba a confesártelo anoche, cuando estábamos en el camarote. Pero oímos gritar a Ursula, y…

—Sí, recuerdo que te disponías a aclararme algo que no entendí muy bien.

—Pues ya te lo he aclarado, Esther. Eres una chica estupenda, te quiero, y deseo hacerte mi esposa.

—Los hombres casados, sólo hacen el amor con sus esposas. Excepto los sinvergüenzas, claro, que también lo hacen con sus amiguitas. ¿Serás tú de estos últimos, Burt?

—Te juro que no.

—¿De veras te conformarás con una sola mujer?

—Sí, porque esa mujer serás tú, la única a la que yo he querido de verdad. Y te seguiré queriendo mientras viva.

El bello rostro de Esther Collins se ensombreció visiblemente.

—No sé si viviremos mucho — murmuró, desviando los ojos hacia el mar.

Simmons le cogió la barbilla y la obligó con suavidad a mirarle a los ojos.

—Acabaremos con el monstruo, Esther. Te lo juro.

Ella sonrió ligeramente.

—Dios lo quiera, Burt.

Simmons se disponía a besarla en los labios, cuando casualmente, descubrió que Ursula Morris tenía los ojos cerrados y la cabeza ladeada.

—Eh, Esther…

—¿Qué?

—Observa a Ursula.

Esther miró a la morena.

—Parece que se ha dormido…

—Sí, se ha quedado dormida — sonrió Simmons —. El cansancio y el sueño han podido más que su miedo.

—Yo también me siento agotada, Burt — confesó Esther —. Y tú debes sentirte igual.

—Sí, la verdad es que estoy un poco cansado.

—Tal vez sea eso lo que espere el monstruo, que el agotamiento nos venza a los tres. Y, entonces…

—No creo que tenga tanta paciencia. De todos modos, no podemos hacer otra cosa que esperar a que venga por nosotros. Éste es nuestro terreno, y tenemos más posibilidades de vencerle que en el mar. En el agua, el monstruo resulta mucho más peligroso. Son sus dominios, y en ellos se mueve como quiere. Por eso no bajo a desatascar las hélices. El monstruo me atacaría, y yo estaría en desventaja. O subiría a bordo, aprovechando mi ausencia, y os atacaría a ti y a Ursula.

Esther Collins se estremeció.

—No, Burt, es mejor que no bajes.

—No pienso hacerlo, ya te lo he dicho — sonrió Simmons, y la besó.

* * *

Burt Simmons empezó a pensar que Esther Collins tenía razón al decir que tal vez el monstruo de la bahía esperaba que el agotamiento los rindiera a los tres, pues pasaban las horas, con una lentitud desesperante, y la bestia asesina no se dejaba ver.

Era ya medianoche.

Burt, Esther y Ursula comieron algo, para reponer fuerzas, y luego tomaron un par de tazas de café cada uno, bien cargado, para que les ayudara a resistir el sueño.

Todo ello, naturalmente, sin abandonar la vigilancia en ningún momento.

Burt sabía que el monstruo acechaba, que los observaba, aunque ellos no pudiesen verlo a él.

Ursula, tras apurar su segunda taza de café, dijo:

—¿Y si el monstruo estuviera muerto?

—¿Muerto…? — repitió Esther

—Kenyon te hirió, ¿no?

—Una sola bala es muy poco para acabar con un ser tan poderoso, físicamente como ése, Ursula — señaló Burt —. Y, menos, alojada en el costado.

—Opino lo mismo — dijo Esther.

—Esta espera me destroza los nervios — rezongó Ursula —. ¿A vosotros no?

—También, claro — repuso Burt —. Pero es lo único que podemos hacer, Ursula. Esperar el ataque del monstruo.

—¿Hasta cuando?

—Hasta que se produzca.

—Si se demora demasiado, nos sorprenderá a los tres dormidos.

Simmons respingó.

—Me has dado una idea, Ursula.

—¿De veras?

—Estoy seguro de que el monstruo nos estará vigilando. Si fingimos que nos vence el sueño y el agotamiento, es posible que se decida a venir por nosotros. Y, si hemos de enfrentarnos a él, mejor que lo hagamos cuanto antes. Ahora aún tenemos fuerzas para manejar nuestras armas. Más tarde, quizás no.

—Tienes razón, Burt — respondió Esther —. Pongamos en práctica tu plan.

* * *

El monstruo de la bahía, efectivamente, vigilaba a Burt Simmons, Esther Collins y Ursula Morris, sumergido a cierta distancia del Mary Ann, y a menos de un metro de la superficie.

Al ver que los tres se desplomaban, casi al mismo tiempo, aparentemente desfallecidos, se decidió a acercarse al barco, moviéndose siempre entre dos aguas.

Alcanzó el Mary Ann, afloró a la superficie, y comenzó a trepar sigilosamente por la escalerilla metálica. Al asomar la cabeza, descubrió a Burt, Esther y Ursula tirados de cualquier manera sobre la cubierta.

Ello le animó a plantarse en cubierta.

Desde allí, todavía junto a la borda, observó largamente a sus tres víctimas, como si quisiera asegurarse de que realmente estaban

dormidos.

Burt y Esther representaban bastante bien su papel, pero Ursula difícilmente podía contener los temblores de su cuerpo, que se acentuaron cuando vio subir al monstruo a bordo.

La bestia marina movió sus piernas de batracio, aproximándose a sus víctimas.

Burt Simmons no permitió que se acercara más.

—¡Ahora, Esther! — gritó, y disparó su fusil de pesca submarina.

La sorpresa impidió al monstruo reaccionar con su acostumbrada agilidad, y el arpón se hundió en su pecho, arrancándole un terrorífico rugido de dolor.

Esther Collins disparó también su fusil, y como el monstruo se encontraba a pocos metros de ella, no falló y le incrustó el arpón en el estómago.

La bestia sanguinaria lanzó otro bramido ensordecedor, pero siguió en pie firme, poniendo de manifiesto su extraordinaria resistencia.

Burt Simmons empuño velozmente la pistola de Kenyon Waddell y comenzó a disparar sobre el monstruo, alojándole dos balas en el tórax. La tercera y última, se la incrustó en la cabeza.

Pese a ello, la bestia criminal no se desplomó.

Burt Simmons, impresionado, empuñó su cuchillo.

Ya no disponía de ninguna otra cosa para luchar contra el increíble monstruo, si es que éste tenía aún fuerzas para lanzarse sobre ellos.

Por un momento, pareció que sí, pues la bestia marina dio un paso al frente, haciendo chillar a Ursula Morris.

Esther Collins, aterrada, empuñó también su cuchillo.

Afortunadamente, ni ella ni Burt Simmons tuvieron necesidad de utilizarlos.

El monstruo de la bahía lanzó un último rugido, mas ronco y más débil que los anteriores, y se desplomó como un fardo, quedando inmóvil sobre la cubierta, prácticamente bañado en sangre.

EPILOGO

Muerto el monstruo, Burt Simmons pudo bajar sin ningún temor a desatascar las hélices, lo cual le llevó algún tiempo.

Esther Collins y Ursula Morris se lanzaron con él al agua, pues tenían miedo de quedarse con el cadáver del monstruo, aunque sabían que éste ya no podía causar ningún daño.

Desatascadas las hélices, volvieron los tres al barco, izaron el ancla, y Burt puso el motor en marcha. No era, ni mucho menos, un experto piloto, pero no tuvo grandes dificultades para sacar el Mary Ann de la bahía y llevarlo hasta San Francisco.

Una vez allí, Burt, Esther y Ursula informaron de todo a la policía.

El cadáver del monstruo fue la mejor prueba de que su historia era cierta, y los agentes de la ley, que de otro modo la hubieran puesto en duda, con toda seguridad, no tuvieron más remedio que creerla.

Al día siguiente, varias lanchas de la policía partieron a la hermosa bahía, con equipos de buceo. El hecho de que Burt Simmons y sus amigos encontraran un fémur humano en la playa, enterrado, hacía sospechar que el monstruo había dado muerte a más gente, antes de acabar con Norman Heflin, Fedra Bloom y Kenyon Waddell.

Burt Simmons y Esther Collins fueron con ellos, para indicarles exactamente el lugar de la costa californiana en donde se hallaba la pequeña bahía.

Una vez en ella, los agentes de la ley se pusieron a trabajar.

Enterrados en la playa encontraron numerosos huesos humanos, todos ellos sueltos. Esto último, unido al hecho de que estuvieran sepultados a escasa profundidad, permitió deducir que habían sido arrastrados hasta la playa por las olas, que luego se encargaron de cubrirlos de arena, poco a poco.

Los hombres-rana, por su parte, encontraron varias embarcaciones hundidas en la bahía, un poco más adentro del lugar donde anclara el Mary Ann.

Evidentemente, habían sido hundidas por el monstruo.

Los hombres-ranas encontraron también varios esqueletos humanos.

El monstruo, por lo visto, llevaba mucho tiempo viviendo y asesinando en aquella bahía, tan hermosa por fuera, y tan peligrosa por dentro.

Afortunadamente, ya había dejado de ser peligrosa, porque la bestia marina estaba muerta.

Burt Simmons y Esther Collins habían acabado con ella.

FIN